

Audiolibro Servidumbre Humana W
Somerset Maugham Cap Tulos 96 Al
106

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Abby Watson (*Dry Run*)** - - - - 96. El huracán estalló dos o tres semanas después. La actitud de Philip había conducido a Mildred a la cima de una extravagante exasperación. Su humor cambiaba a cada momento. No expresaba todos sus sentimientos. Quizá ni alcanzaba a discernirlos con claridad. Pero continuaba dando vueltas a cierto pensamiento hasta convertirse para ella en una obsesión. No había comprendido nunca a Philip ni lo había apreciado. Pero se sentía halagada por su afecto porque era un gentleman. El hecho de que su padre hubiese sido médico y su tío fuera eclesiástico le producía cierta impresión. Le despreciaba un poco porque había sido tan bobo con ella. Sin embargo, nunca se sentía completamente en su centro cuando se encontraba ante él, pues tenía la sensación de que Philip reprochaba sus maneras. Cuando se presentó, cansada y avergonzada, para vivir en el piso de Kennington, sólo pedía que la dejaran en paz. Era un consuelo pensar que no tenía que pagar alquiler, que no tenía necesidad de salir, hiciera el tiempo que hiciera; que podía quedarse en la cama si no se encontraba bien. La vida que había llevado durante cierto tiempo le producía horror. ¡Tener que sonreír al primero que se presentara y tener que aceptar sus caprichos! Aun ahora, cuando pensaba en ello, lloraba a causa de la compasión que sentía hacia sí misma. La dureza de los hombres y la brutalidad de su lenguaje le hacían estremecer. Pero pensaba en esto muy raras veces. Estaba agradecida a Philip porque la había salvado, y, al recordar el amor sincero del joven y el modo indigno con que ella le había tratado, experimentaba el punzante dolor del remordimiento. Le hubiera sido fácil comprender ahora. La cosa no tenía importancia para ella. Se sorprendió al verse rechazada. Pero se encogió de hombros. ¡Se le habían subido los humos a la cabeza! Poco le importaba a ella. Cuando él viniera a suplicarle más tarde, ella se negaría. Si creía que para ella era aquello una privación, se equivocaba. No dudaba de su poder sobre él. Le conocía bien, a pesar de lo raro que era. Muchas veces, tras de sus enfados, había jurado no verla más y poco después se presentaba para pedirle perdón. ¡Cómo se había humillado ante ella! Hubiera sido feliz arrojándose al suelo para ser pisoteado. Le había visto llorar. Sabía exactamente cómo era necesario tratarle: no hacer caso de él, fingir no ver su cólera, dejarlo solo. Estaba segura de verlo muy pronto echarse a sus pies. Reía pensando en los chascos que le había hecho tragar. Ahora tenía experiencia, conocía a los hombres y deseaba no tener nada que ver con ninguno. Lo mejor de todo era quedarse definitivamente con Philip. Pero había una o dos cosas que la dejaban estupefacta. En un tiempo, Philip estaba siempre a sus órdenes, feliz de poderla servir. Una frase despectiva de ella le anonadaba y una frase amable le dejaba en éxtasis. Ahora era diferente y en un año no había mejorado nada. Ni por un instante había pensado Mildred que los sentimientos del joven hubieran cambiado; estaba convencida de que su indiferencia era fingida. A menudo tenía deseos de leer y le imponía el silencio. Luego vinieron las conversaciones en las que él le dijo que sus relaciones habían de permanecer platónicas. Recordando un incidente del pasado, Mildred pensó que tal vez Philip tenía al embarazo. La joven entonces se apresuró a tranquilizarle. Pero las cosas continuaron de la misma manera. Mildred era una de esas mujeres que no pueden comprender que un hombre se inhiba de la obsesión sexual de que ellas son víctimas. Sus relaciones con los hombres se habían desarrollado siempre en el mismo plano, y Mildred no se imaginaba que para ellos existieran otros intereses. Se le ocurrió que quizá Philip estuviera enamorado de otra mujer; le observó entonces sospechando de las enfermeras o de cualquier otra mujer a la que viera fuera de casa. Pero después de dirigirle hábiles preguntas llegó a la conclusión de que en la familia Athelny no había ninguna persona peligrosa. Philip no recibía nunca cartas y en sus cajones no había ningún retrato de mujer. Mildred llegó a la conclusión de que Philip era un extravagante. La joven no se podía quitar de la cabeza que

la conducta de él obedecía a motivos caballerescos. Con la imaginación llena de novelas de folletín, Mildred se explicó las cosas románticamente. Por medio de su fantasía vio terribles equivocaciones, purificaciones a través de la llama, almas cándidas, muertas durante las heladas noches de Navidad, y así sucesivamente. Decidió poner fin a todo esto durante los días que pasarían en Brighton; estarían solos, todos los creerían marido y mujer, y con la ayuda de la música y de los paseos... Pero cuando vio que Philip se negaba a dormir en la misma habitación que ella, cuando él le habló en un tono en que nunca había hablado antes, comprendió que ya no la quería. Se quedó estupefacta. Recordaba todas sus protestas y su amor desesperado. Se sintió humillada e irritada. Pero su natural insolencia la ayudó a superar aquel momento. Philip no debía creer que estaba enamorada de él porque no lo estaba. A veces le odiaba y hubiese hecho cualquier cosa con tal de humillarle; pero se mostraba extrañamente impotente, no sabiendo cómo tratarle. Empezó a ponerse nerviosa. En una o dos ocasiones lloró. Intentó también mostrarse con él lo más amable posible. Pero cuando de noche, durante el paseo, le cogía del brazo, el joven se libraba con un pretexto, como si el contacto le causara cierto malestar. No acertaba a comprenderle. Afortunadamente, Philip parecía encariñarse cada día más con la pequeña. Mildred sabía hacerlo palidecer de cólera, dando un cachete a la niña; los únicos momentos en los que veía aparecer en el rostro de Philip la antigua sonrisa era cuando le encontraba con Cecily en los brazos. Se dio cuenta cuando un fotógrafo les hizo una instantánea en la playa. Desde entonces procuró aparecer a menudo con la niña en brazos delante de Philip. De retorno a Londres, Mildred se puso a buscar el trabajo que había dicho que era fácil encontrar. Deseaba independizarse de Philip y pensaba en la satisfacción con la que le anunciaría que se iba a vivir sola llevándose a la niña. Pero el contacto con la realidad la asustó. Había perdido la costumbre de las largas horas de servicio, de sufrir las órdenes de una directora, y su dignidad se rebelaba ante la idea de tener que llevar nuevamente uniforme. Los vecinos los creían en buenas condiciones económicas. ¡Qué humillación si supieran que tenía que trabajar! Su indolencia se impuso. Desde el momento que Philip estaba dispuesto a mantenerla, ¿por qué iba a dejarlo? Ciertamente que no había mucho dinero para gastar, pero ella tenía allí techo y alojamiento, y las condiciones de Philip podrían mejorar. El tío de Carey era viejo, y un día u otro moriría dejando a su sobrino una pequeña herencia. Y aunque las circunstancias permanecieran en el punto en que se encontraban, aquello era mucho mejor que ir a trabajar cada mañana por unos pocos chelines. Sus esfuerzos fueron decreciendo; continuó leyendo anuncios en el periódico sólo para mostrar que tenía intención de hacer algo si se le presentaba alguna ocasión propicia. El terror se adueñaba de ella mientras tanto. ¿Y si Philip se cansaba un día de mantenerla? No tenía ya ninguna influencia sobre él y se daba cuenta de que él la conservaba a su lado sólo por el cariño que tenía a la niña. Meditaba todo esto diciéndose que un día u otro se las pagaría. No se resignaba a no ser amada. Le obligaría. Lo suyo era como una sacudida nerviosa; le ocurría que en algunos momentos deseaba a Philip de un modo extraño. Su frialdad la exasperaba. Pensaba en él continuamente. Le parecía que la trataban bastante mal sin haber hecho nada para merecerlo. Aquel modo de vivir era anormal. Pensó a continuación que todo, sin embargo, podía normalizarse, y se imaginó que si viniera un niño Philip se casaría con ella. Aunque extravagante, era un gentleman en toda la extensión de la palabra; no podría negarse. Este pensamiento acabó convirtiéndose en una obsesión, hasta que Mildred decidió provocar, a su costa, un cambio en sus relaciones. Philip no la besaba nunca, mientras que ahora ella experimentaba el deseo de sus besos. Recordaba en la actualidad con qué ardor aplicaba Philip en otro tiempo sus labios sobre los de ella. Una noche, a principios de febrero, Philip le anunció que cenaría con Lawson, el cual celebraba su cumpleaños. Volvería tarde. Lawson había comprado un par de botellas de ponche en la taberna de Beak Street. Y se prometían pasar una velada alegre. Mildred quiso saber si habría invitadas. No; sólo habían sido invitados hombres, con la intención de fumar y charlar. El programa no le pareció muy divertido a Mildred. Si ella hubiese sido un pintor, habría invitado por lo menos a media docena de modelos. Se fue a la cama, pero no pudo dormir. Poco después se le ocurrió una idea. Se tiró de la cama y corrió a echar el cerrojo de la puerta de entrada. Philip regresó a la una. Mildred le oyó lamentarse porque no podía abrir y entonces ella descorrió el cerrojo. — ¿Por qué diablos te encerraste? Siento haberte molestado. — Había dejado abierto. No comprendo por qué razón estaba cerrado. — Vuelve en seguida a la cama. Te resfriarás. Philip entró en el salón y encendió el gas. La mujer le siguió y se acercó al fuego. — Me calentaré un poquito los pies. Los tengo helados. Philip se sentó y empezó a quitarse los zapatos. Tenía los ojos brillantes y las mejillas coloradas. Mildred le creyó borracho. — ¿Te has divertido? — le preguntó sonriendo. — Sí; ha sido una velada agradabilísima. Tenía la cabeza en su sitio, pero había reído, había hablado y rebosaba todavía de excitación. Una reunión que le había recordado los bellos tiempos de París y que le había puesto de excelente humor. Sacó la pipa y la encendió. — ¿No te vas a la cama? — preguntó ella. — Todavía no. Aún no tengo ganas. Lawson ha sido inagotable esta noche. Se ha mostrado divertidísimo. — ¿De qué habéis hablado? — ¡Dios sabe! Un poco de todo. Tendrías que habernos visto. Gritábamos todos a una y ninguno escuchaba al otro. Rio de nuevo y Mildred rio con él. Estaba segurísima de que el joven había bebido. Ella

ya lo había previsto. Conocía a los hombres. — ¿Puedo sentarme? — preguntó. Antes de que él contestara ya se había sentado ella sobre sus rodillas. — Si no te vas a la cama es mejor que te pongas la bata — le dijo Philip. — ¡Oh!, estoy bien así. Luego, rodeándole el cuello con los brazos, apoyó su rostro contra el de él y añadió: — ¿Por qué eres tan malo conmigo? El joven intentó ponerse en pie, pero la joven se lo impidió. — ¡Te amo, Philip! — No digas tonterías. — No es una tontería, es verdad. No puedo vivir sin ti, te deseo. Philip se desligó. — Te ruego que te levantes. Te vuelves ridícula y me produces la impresión de una completa idiota. — Te amo, Philip. Quiero recompensarte de todo el mal que te he hecho. No puedo seguir así... Philip se escurrió haciendo caer a Mildred en el sillón. — Lo siento, pero es demasiado tarde. Mildred lanzó un sollozo. — Pero ¿por qué? ¿Por qué puedes ser tan cruel? — Sin duda porque te amaba demasiado. Mi pasión se consumió. La idea de que nuestras relaciones cambien me disgusta. No puedo mirarte sin pensar en Emil y en Griffiths. Eso puede más que yo. Probablemente es cuestión de nervios. La joven le cogió la mano y se la cubrió de besos. — ¡Ah, no! — gritó Philip. Mildred cayó de espaldas sobre el sillón. — No puedo continuar así. Si no me quieres, prefiero irme. — No seas estúpida. No sabrás adonde ir. Podéis permanecer aquí hasta que quieras, pero con una condición: seamos amigos y nada más. Mildred abandonó de improviso el tono apasionado y rio entonces con la mayor dulzura. Se aproximó a Philip con arrumacos de gatita y le abrazó. Su voz era sumisa e insinuante. — No seas estúpido. No te dejes dominar por los nervios. No sabes lo cariñosa que puedo ser... Frotó su rostro contra el de él. Aquella sonrisa le pareció a Philip una mueca abominable, y aquella mirada la invitación de una prostituta. Se echó atrás instintivamente. — No quiero — dijo. Pero Mildred no se apartó. Y al intentar sujetarle, Philip la contuvo y la rechazó brutalmente. — ¡Me repugnas! — ¿Yo? La joven se agarró con una mano a la chimenea para recobrar el equilibrio. Le miró fijamente un momento y dos manchas sonrosadas aparecieron de pronto en sus pálidas mejillas. Dejó escapar una risa estridente. — ¡Ah! ¿Te repugno? Hizo una pausa y respiró profundamente. Después prorrumpió en insultos. Aullaba a media voz, y era su lenguaje tan obsceno que Philip la miraba asombrado. ¿Cómo era posible que Mildred, tan deseosa siempre de parecer una mujer refinada, tan enemiga de todo lo que fuera vulgar, empleara tales palabras? Mildred se le acercó y casi pegó su rostro al de él. La ira le trastornaba, y la impetuosidad con que las palabras le brotaban de los labios hacía que las salpicara de saliva. — No te he querido ni siquiera un minuto. Me has importado siempre un pepino. Me fastidiabas, me hartabas hasta morir. ¡No sabes cuánto te he odiado! Nunca me hubiera dejado tocar por ti de no haber sido por el dinero. Tus besos me producen náuseas. ¡Cuánto nos hemos reído Griffiths y yo de ti! ¡Cuánto nos hemos reído pensando que eres un cretino! ¡Cretino! ¡Idiota! Nuevos insultos salieron de su boca. Le llamó de todo: avaro, fastidioso, egoísta; logró tocar todos sus puntos sensibles. Finalmente se volvió para marcharse. Pero, antes de hacerlo, poseída de una cólera histérica, continuó diciendo una serie de epítetos canallas. Abrió la puerta y se volvió una vez más para lanzarle la injuria que sabía le había de ofender más que cualquier otra. Puso en ella toda la perfidia y todo el veneno de que era capaz. — ¡Tullido! 97. A la mañana siguiente, Philip se despertó sobresaltado, seguro de que era tarde. Miró el reloj: eran las nueve. Se tiró del lecho y fue a la cocina en busca de agua caliente para afeitarse. No había rastro de Mildred. Los platos sucios estaban todavía en el fregadero. Llamó a la puerta de su dormitorio. — Despiértate, Mildred; es muy tarde. La joven no respondió, ni siquiera al llamarla con más insistencia. Seguramente seguía irritada. Sin perder más tiempo, se puso él mismo un poco de agua a calentar, y, mientras, se metió en el baño, cuya agua estaba siempre preparada de la noche anterior. Pensó que Mildred le estaría preparando el desayuno mientras él se vestía y que se lo llevaría al salón. Lo había hecho ya otras veces cuando estaba enfadada. Pero no la oyó moverse y comprendió que si quería comer alguna cosa, había de preparársela él mismo. Le irritó que le hiciese aquello precisamente en una mañana que se le había hecho tarde. Cuando salió del baño, Mildred continuaba invisible, pero Philip la oyó moverse en su habitación. Evidentemente se estaba levantando. Se hizo té y se preparó un poco de pan con mantequilla que masticó rápidamente mientras se ponía los zapatos. Luego bajó la escalera precipitadamente y echó a correr para tomar el tranvía. Mientras sus ojos miraban en los quioscos de periódicos para ver en los titulares las noticias de la guerra, volvió a pensar en la escena de la noche anterior. Después de haber dormido no podía menos de parecerle grotesca. Seguramente se había comportado de un modo ridículo, pero no era dueño de sus propios pensamientos. Se sentía irritado contra Mildred por haberle colocado en una posición tan absurda. A continuación, con renovado estupor, se acordó de aquel lenguaje del arroyo. Enrojeció recordando la injuria final, pero luego se encogió de hombros con desprecio. Cuando sus compañeros se habían peleado con él nunca habían dejado de echarle en cara su deformidad. Fue para él una alegría poderse entregar al trabajo. La sala le pareció acogedora. La monja le saludó con una pálida sonrisa. — Llega usted muy tarde, mister Carey. — Estuve de juerga anoche. — Ya se ve. — Lo creo. Riendo todavía se acercó al primero de sus enfermos, un muchacho con úlceras tuberculosas, quitándole el vendaje. El muchacho se mostró contento al verle, y Philip bromeó con él mientras le cambiaba el vendaje. Los enfermos le querían. Philip los trataba con bondad y tenía una mano

ligera y delicada. Otros estudiantes eran más rudos y procuraban abreviar. Almorzó con algunos amigos en la sala del círculo; una comida frugal compuesta de una taza de chocolate y pan tostado. Hablaron de la guerra. Algunos de ellos habían pedido partir para el Transvaal, pero la autoridad se mostraba muy severa y no aceptaba sino los que habían terminado por completo su servicio en el hospital. Alguno dijo que, si la guerra duraba, también serían aceptados muy pronto todos los que hubieran acabado los estudios. Pero la opinión general era que dentro de un mes todo estaría terminado. Ahora que Roberts había ido allá, la cosa se resolvería fácilmente. Ésta era también la opinión de Macalister, el cual había advertido a Philip que era necesario comprar antes de que la paz fuera un hecho. Habría entonces una gran subida en la Bolsa, con la posibilidad de hacer una buena cantidad de dinero. Philip le había encargado que comprase para él en el momento oportuno. Las treinta libras de la otra vez se le habían subido a la cabeza y en esta ocasión pensaba ganar doscientas. Terminó el trabajo del día y tomó el tranvía para regresar a Kennington. Quién sabe cómo encontraría a Mildred. Seguramente con morros y encerrada en un silencio hostil. Hacía un calor excesivo para la estación del año, y en las calles grises del barrio del sur de Londres se sentía la languidez de la primavera. Después de los largos meses de invierno la Naturaleza se muestra impaciente y por la tierra corre un temblor de anunciación. Philip hubiera prolongado de buena gana su paseo en tranvía. No tenía ganas de volver a casa, y sentía la necesidad de respirar un poco el aire. Pero el deseo de ver a la niña se apoderó de él de pronto. Philip sonrió pensando en la acogida que le hacía siempre, acompañada de gritos de alegría. Cuando llegó ante la casa se sorprendió al no ver las ventanas iluminadas. Subió y llamó, pero no obtuvo respuesta. Cuando Mildred salía acostumbraba dejar la llave debajo de la esterilla de la puerta de entrada. Allí la encontró. Entró, y al llegar al salón encendió una cerilla. Había sucedido algo, pero de pronto no comprendió el qué. Encendió el gas y miró alrededor. Se sobresaltó. La habitación era un montón de ruinas. Todo había sido destruido metódicamente. Encolerizado se precipitó en la habitación de Mildred. Estaba oscura y vacía. Fue a buscar una vela y comprobó que la joven se había llevado toda su ropa y la de la pequeña —había notado ya al entrar que el cochecito no estaba en el lugar acostumbrado de la planta baja, pero pensó que Mildred habría sacado a pasear a Cecily—; toda la porcelana colocada sobre el lavabo había sido rota y la tapicería de los cojines y de las sillas había sido desgarrada con un cuchillo y cortadas las sábanas y las mantas. El espejo parecía haber sido roto a martillazos. En la cama de Philip todo estaba igualmente patas arriba. La palangana, el jarro y el espejo estaban hechos añicos; la sábana cortada a trocitos y un agujero hecho en el almohadón había permitido a Mildred meter la mano en él y llenar toda la habitación de plumas. Las mantas estaban hechas trizas. Sobre el tocador de Philip había fotografías de su madre. Los marcos habían sido rotos y los cristales arrojados al suelo. Philip se quedó sin poder respirar. Mildred no había dejado ni una letra. Sólo aquella ruina indicaba su cólera. Y se imaginaba el rostro de ella durante aquel acceso de furor. Volvió al salón. El estupor era en él más fuerte que la cólera. Miró con curiosidad el cuchillo de cocina y el martillo para el carbón que había sobre una mesa. Luego se acordó de un cuchillo doblado que había visto abandonado en la chimenea. Seguramente le había ocupado mucho tiempo hacer todo aquello. Su retrato pintado por Lawson había sido cortado en cuatro y las fotografías de la Odalisca de Ingres, la Olympia de Manet y el retrato de Felipe Cuarto habían sido rotos a martillazos. El tapete de la mesa, las cortinas, todo estaba rasgado. Detrás del escritorio de Philip, colgada en la pared, estaba la alfombrilla persa regalada por Cronshaw. A Mildred no le gustaba. —Si es una alfombra, debería estar en el suelo —decía—. Pero no es otra cosa que un trapo sucio. Cuando Philip se dijo que aquel tapiz contenía la solución de un gran enigma, se irritó porque creía que se burlaba de ella. Lo había cortado en tres trozos. Había tenido que emplear cierta fuerza para ello y ahora los trozos pendían de la pared. Philip poseía dos o tres platos blancos y azules sin gran valor, pero habían sido comprados uno a uno por poco dinero. Los tenía en gran estima por los recuerdos que le sugerían. Sus fragmentos estaban en el suelo. Los lomos de los volúmenes encuadernados mostraban grandes cortes, y Mildred se había tomado además el trabajo de romper algunas páginas a todas las novelas no encuadernadas. Los muñecos que adornaban la chimenea estaban hechos añicos. En suma, todo lo que había sido posible destruir con un cuchillo o con un martillo estaba destrozado. Todos los muebles de Philip no valían más que treinta libras. Pero eran para él como viejos amigos a los que quería porque eran suyos. Había logrado con poco dinero hacerse un ambiente elegante y característico y estaba muy orgulloso de ello. Desesperado, se preguntó cómo había podido ser Mildred tan cruel. Un súbito terror le hizo ponerse nuevamente en pie y correr hacia un corredor donde había un armario con sus vestidos. Lo abrió y lanzó un suspiro de alivio. Evidentemente se había olvidado de él, ya que todo estaba intacto. Volvió al salón y miró alrededor. ¿Qué hacer? Inútil querer poner un poco de orden. Por otra parte, en la casa no había nada que comer y él sentía apetito. Salíó para ir a comprar cualquier cosa. Cuando volvió estaba más tranquilo. Experimentó una ligera angustia al pensar en la niña. ¿Sufriría al no verle? Seguramente se acordaría al principio, pero pasada una semana se olvidaría de él. En el fondo estaba contento de haberse librado de Mildred. No pensaba en ella con ira, sino con una especie de inefable fastidio. —

Deseo no verla nunca más —dijo en voz alta. Lo único que había que hacer era dejar el departamento. Decidió despedirse al día siguiente. No podía permitirse el lujo de hacer reparar el desastre. Le había quedado tan poco dinero que lo que había que hacer era buscar otro alojamiento más económico. Además, estaría contento no viendo más aquellas habitaciones donde había sufrido tantas angustias económicas y donde siempre encontraría la imagen de aquella mujer. Philip era de carácter impaciente, y cuando un proyecto se le metía en la cabeza no se sentía en paz hasta que lo veía realizado. A la mañana siguiente hizo ir a un trapero que le ofreció tres libras por todas sus cosas, tanto las rotas como las no rotas, y dos días después se trasladó frente al hospital, a la casa donde había vivido al empezar sus estudios. La dueña de la casa era una buena mujer. Por seis chelines a la semana le dio una pequeña habitación en el último piso, pero como a Philip no le había quedado otra cosa que los trajes y un cajón de libros, se sintió contento por haber encontrado un alojamiento tan económico. 98. Sucedió entonces que la vida y la fortuna de Philip Carey, que carecían de importancia, excepto para él, sufrieron las consecuencias de los acontecimientos que su país estaba atravesando. Se vivían horas históricas. Y parece absurdo que tales eventualidades pudieran trastornar la vida de un pobre estudiante de medicina. Una tras otra, las batallas de Magersfontein, de Colenso, de Spion Kop habían humillado a la nación y asestado un golpe mortal al prestigio de la aristocracia y de la clase pudiente. Hasta entonces nadie había refutado la afirmación de que sólo ellas poseían el instinto de gobernar. El antiguo orden de cosas se veía desplazado. Sí, era verdaderamente una página para la Historia. Entonces el coloso agrupó todas sus fuerzas y, cometiendo nuevos errores, consiguió obtener una apariencia de victoria. Cronje se paró en Paardeberg; Ladysmith fue liberada y, a principios de marzo, Lord Roberts entró en Bloemfontein. Dos o tres días después de esta noticia, Macalister, en la taberna de Beak Street, anunció alegremente que la Bolsa empezaba a mostrarse un poco más brillante. La paz no estaba lejana; se presentía. Algunas semanas después Roberts entraría en Pretoria. Las acciones empezaban ya a subir. —He aquí el momento oportuno —dijo a Philip—. Es inútil esperar a que todos se precipiten. O ahora o nunca. Poseía informes confidenciales. El director de una mina sudafricana había teleografiado al socio principal que la instalación estaba intacta. En cuanto fuera posible empezarían a trabajar. El socio encontraba la operación tan ventajosa que había comprado quinientas acciones para cada una de sus hermanas, cosa que no habría hecho si el asunto no le pareciera más que seguro. —Yo también probaré fortuna —añadió Macalister. De dos libras y cuarto las acciones habían bajado a dos y un octavo. El agente aconsejó a Philip que no fuera demasiado ávido, y que se contentase con una ganancia de diez chelines. Él tenía intención de comprar trescientas para él y sugirió al joven que hiciera otro tanto. Las venderían en el momento oportuno. Philip tenía mucha fe en Macalister. —Creo que podremos venderlas antes de la liquidación de fin de mes. De no ser así ya me encargaré yo de que aplacen su cobro. A Philip le pareció un sistema excelente. Se tenían los títulos hasta el momento de la ganancia sin necesidad de echar mano a la cartera. De nuevo buscó en los periódicos las noticias financieras. Al día siguiente hubo una pequeña subida y Macalister le escribió que había tenido que pagar los títulos a dos libras y un cuarto. El mercado se estabilizó luego, pero dos días después empezó a bajar. Las noticias de África del Sur eran menos tranquilizadoras, y Philip vio con ansiedad que sus acciones bajaron hasta dos. Pero Macalister se mostraba optimista: los bóers no podían resistir mucho y él apostaría cualquier cosa a que Roberts entraría en Johannesburg antes de terminarse la primera quincena de abril. A fines de mes Philip tuvo que entregar cerca de cuarenta libras. Esto le disgustó bastante, pero no podía hacerse otra cosa que resistir; la pérdida era demasiado importante para concluir la partida. Durante dos o tres semanas no sucedió nada nuevo; los bóers se negaban a rendirse e incluso se apuntaron dos pequeños éxitos y las acciones de Philip bajaron otra media corona. Evidentemente la guerra no se acababa todavía. Muchos poseedores de acciones vendieron. Macalister no disimuló a Philip su pesimismo. —No sé si será mejor limitar la pérdida. Empieza a parecerme demasiado la diferencia que he de pagar. Philip se sentía lleno de angustia. Por las noches no dormía y por la mañana tomaba el té de prisa y corriendo para tener tiempo de ir a leer el periódico en la sala de lectura del Círculo. A veces las noticias eran malas y a veces no había ninguna. Pero cuando el mercado efectuaba un cambio era siempre para bajar. El joven no sabía qué hacer. Si hubiera vendido entonces habría perdido cerca de trescientas cincuenta libras, quedándole ochenta. ¡Qué rabia haberse dejado embarcar en aquella especulación! Pero era necesario resistir. Un hecho cualquiera podía hacerlas subir de nuevo. No soñaba ya en una ganancia, sino que se conformaba con recuperar su dinero. Era el único medio para poder terminar sus estudios. El semestre al final del cual debía sufrir el examen de obstetricia y de ginecología empezaba en mayo. Luego le quedaría todavía un año de estudios. Con ciento cincuenta libras, todo comprendido, hubiera podido arreglárselas. Pero con menos de esto no era posible. A principios de abril se presentó una noche en la taberna de Beak Street, esperando encontrarse con Macalister. Le consolaba un tanto hablar de la situación con el agente, y al enterarse de que otras personas habían perdido dinero, exactamente lo mismo que le había sucedido a él, le hacía más llevadero su disgusto. Pero no encontró más que a Hayward, el cual le anunció: —El domingo me embarco para El Cabo. — ¿De veras? Hayward

era la última persona de la que se hubiera esperado una cosa así. En el hospital, los estudiantes que se enrolaban eran cada día más numerosos. El Gobierno aceptaba inmediatamente a todos los que se presentaban aunque les faltaran los cursos de práctica, y los estudiantes, embarcados como simples soldados, escribían a sus familias que se marchaban requeridos inopinadamente por el servicio de sanidad militar. Una ola de patriotismo agitaba al país y de todas las clases sociales aflúan los voluntarios. — ¿En calidad de qué vas? —preguntó Philip. —Como soldado raso de la Dorset Yeomanry. Philip conocía a Hayward desde hacía ocho años. Su intimidad juvenil, nacida de la admiración entusiasta de Philip hacia el hombre capaz de hablar de arte y literatura, se había desvanecido hacía algún tiempo. Pero había sido sostenido por la costumbre, y cuando Hayward se encontraba en Londres los dos jóvenes se veían un par de veces a la semana. El de más edad hablaba todavía de libros con una delicada comprensión. Philip no era tan tolerante como antes, y a menudo la conversación de Hayward le irritaba. No estaba persuadido de que todo lo que no era arte fuese insignificante. El desprecio de Hayward por la acción y por la fama le disgustaba. Moviendo con la cucharilla su ponche pensaba en su amistad de tantos años y en su fe en el porvenir de Hayward. Desde un tiempo a esta parte había perdido sus ilusiones a este respecto y estaba persuadido de que Hayward no haría nunca otra cosa que hablar. A los treinta y cinco años encontraba más difícil que cuando era joven vivir con trescientas libras, y sus trajes, aunque siempre hechos por un buen sastre, los llevaba ahora mucho más tiempo que años atrás hubiese creído que fuera posible. Había engordado y ninguna sabia disposición de los cabellos rubios podía esconder la calvicie. Los ojos azules habían llegado a ser claros y acuosos. Evidentemente bebía demasiado. —Pero ¿cómo diablos se te ha ocurrido marcharte allá? —dijo asombrado Philip. —No lo sé. Me parece que es mi deber. Philip calló. Estaba aturdido. Comprendía que Hayward iba empujado por una inquietud de su alma de la que no se daba cuenta. Algo en su subconsciente le hacía encontrar necesario ir a combatir por su país. Era extraño, porque siempre había dicho que el patriotismo era un prejuicio, y jactándose de su cosmopolitismo afirmaba que Inglaterra era tierra de destierro. Sus compatriotas en masa dañaban su sensibilidad. Philip se preguntó qué es lo que empuja a las personas a hacer lo contrario de las teorías que siempre han sustentado. — ¡La gente es extraordinaria! ¡Nunca hubiera esperado verte convertido en soldado! Hayward sonrió, ligeramente turbado, y no respondió. —Ayer sufrí la revisión militar. Vale la pena de soportar todas esas molestias para saber que se está en perfecta salud. En aquel momento llegó Macalister. —Le quería ver a usted precisamente, Carey —dijo—. Mi casa no quiere tener más tiempo sus títulos sin cobrar. Desea que liquide usted. Philip se sintió desfallecer. Sabía que aquello significaba la aceptación de la pérdida. El orgullo le permitió responder con calma: —No creo que valga la pena retirarlas. Tanto da venderlas. —Eso se dice muy pronto, pero el mercado está estacionado y no hay compradores. —Pero se cotizan a una y un octavo. —Sí, pero eso no quiere decir nada. No encontrará usted a quién vendérselas a ese precio. Durante un momento Philip no respondió. Intentaba orientarse. — ¿Quiere usted decir que su valor es cero? —No digo eso; valen algo. Pero en este momento nadie las compra. —Entonces véndalas usted lo mejor que pueda. Macalister miró a Philip con atención, preguntándose si la pérdida le resultaba efectivamente dura. —Me siento desolado, mi viejo amigo. Pero nos encontramos todos en el mismo caso. Nadie creía que la guerra durase tanto. Le he metido a usted en este lío, pero yo también me encuentro metido en él. —No importa. Es necesario tomar las cosas como vengan. Volvió a la mesa de la que se había levantado para hablar con Macalister. Estaba anonadado. Le entró un tremendo dolor de cabeza, pero no queriendo pasar por un ser débil se entretuvo todavía durante una hora riendo febrilmente con sus amigos. Finalmente se levantó. —Posee usted una gran sangre fría —dijo Macalister saludando—. Nadie pierde con tranquilidad trescientas o cuatrocientas libras. Al volver a su dormitorio, Philip se echó en la cama y se abandonó a la desesperación. Se arrepintió de su locura a pesar de decirse a sí mismo que el arrepentimiento era absurdo, ya que lo acaecido era inevitable desde el momento que había ocurrido. Pero no pudo reprimirse. Sentíase profundamente infeliz. Imposible dormir. Pensó en el dinero que había malgastado en aquellos últimos años. La cabeza le dolía terriblemente. Al día siguiente por la noche, con el último correo, recibió el estado de la liquidación. Examinó su cuenta corriente. Una vez pagado todo lo que debía le quedarían siete libras. ¡Siete libras! Se alegró al ver que podía hacer frente a sus compromisos. Hubiera sido demasiado doloroso confesar a Macalister que no podía pagar. Durante el semestre de verano debería prestar servicio en la sección de oftalmología y había concertado con un compañero suyo comprar un oftalmoscopio que aquél quería vender. No tuvo el valor de anular el compromiso. Tenía, además, necesidad de algunos libros. Las cinco libras que le quedaban duraronle cerca de seis semanas. Escribió entonces a su tío una carta que le pareció digna de un hombre de negocios, diciéndole que a causa de la guerra había sufrido graves pérdidas y que no podía continuar sus estudios si él no le ayudaba. Le rogaba, pues, que le prestara ciento cincuenta libras, y que, en el caso de prestárselas, debería enviárselas en dieciocho plazos. El joven le pagaría los intereses, y le reintegraría el capital poco a poco en cuanto empezara a trabajar. Tres años y medio después acabaría la carrera y estaba seguro de que encontraría en seguida un puesto de ayudante a tres libras

por semana. El tío respondió que no podía hacer nada. No era posible para él vender los títulos mientras se cotizaban tan bajos. La más elemental prudencia le aconsejaba guardar lo poco que tenía ante una eventual enfermedad. Terminaba la carta con una pequeña prédica. Había sermoneado muchas veces a Philip, pero nunca había sido escuchado. No se extrañaba de lo que sucedía porque desde hacía mucho tiempo esperaba que la prodigalidad y la falta de equilibrio de su sobrino le condujera a aquel fin. Philip, mientras leía la misiva, sintió primero calor y luego frío. Nunca hubiera creído que su tío se negara. Fue presa de una cólera violenta y a continuación de un completo desaliento. Si mister Carey no le ayudaba, no le sería posible terminar sus estudios. Dominado por el pánico, dejó a un lado el orgullo y escribió nuevamente a su tío, exponiéndole el caso de una manera más apremiante. Pero quizá se expresó mal o su tío no comprendió su situación desesperada. El caso es que recibió una respuesta en la que su tío se reafirmaba en su negativa; Philip tenía ya veinticinco años y debía ser capaz de ganarse la vida. A su muerte heredaría alguna cosa, pero hasta entonces no tendría un céntimo. Philip leyó en aquella carta toda la satisfacción del hombre que después de haber desaprobado su conducta veía al cabo que se cumplían sus augurios. 99. Philip empezó a llevar sus trajes al Monte de Piedad. Se contentaba, además del té de la mañana, con una sola comida —que hacía a las cuatro y que consistía en pan con mantequilla y chocolate—, de modo que le bastara hasta el día siguiente por la mañana. Se le ocurrió ir a pedir prestado algún dinero a Lawson, pero el temor a una negativa le contuvo. Al fin le pidió cinco libras. Lawson se apresuró a prestárselas, pero le dijo: —Me las devolverás dentro de ocho o diez días, ¿no? He de pagar al que me hace los marcos y en este momento ando un poco escaso de dinero. Philip sabía que no podría restituírle el dinero, y el pensar en lo que Lawson podría decir de él hizo que sintiera tal vergüenza que, después de tener el dinero dos días en su bolsillo, se lo devolvió intacto. Lawson estaba a punto de ir a comer y le invitó. Philip se hizo rogar, pese a que el poder comer algo sólido le alegraba. El domingo estaba seguro de tener una buena comida en casa de los Athelny. Dudó si contarles a aquellos buenos amigos lo que le había sucedido. Le habían creído siempre en una relativa buena posición y temía bajar en su estima si conocían la pobreza a que había llegado. No obstante haber sido modesta su posición, no había pensado nunca en la posibilidad de sufrir hambre: este caso no se daba nunca en su ambiente. Se avergonzaba de ello como de una de esas enfermedades que no pueden confesarse. Su actual situación le aturdí; no sabía qué hacer si no continuaba su trabajo en el hospital. Tenía una vaga esperanza de que las cosas se arreglasen. No conseguía creer en la realidad de todo cuanto le había acontecido. Recordaba ahora que durante el primer trimestre pasado en el colegio la vida le había parecido a menudo un sueño del cual se despertaría, encontrándose, al hacerlo, en su casa. Pero no tardó en rendirse a la evidencia. Pasados unos días no tendría nada. Debía encontrar el modo de ganar un poco de dinero. Si hubiese tenido el título podría partir para El Cabo, pese a su pie defectuoso. Faltaban médicos allí. Y si no hubiera sido por su enfermedad se habría alistado como soldado. Se dirigió al secretario de la escuela de medicina rogándole que le procurase algunas lecciones; pero el secretario le quitó toda esperanza. Leyó las demandas en los periódicos de medicina y escribió ofreciéndose para un empleo donde pedían un ayudante que aún no hubiera terminado la carrera. Se trataba de un dispensario. Cuando se presentó, el director echó una mirada a su pie deforme, y, cuando Philip declaró que estudiaba el cuarto año de medicina, dijo que no poseía todavía la experiencia necesaria. Pero comprendió que aquello no era más que un pretexto: el doctor no quería un ayudante incapaz de la actividad precisa. Philip prestó atención entonces a otros medios para intentar ganarse la vida. Conocía francés y alemán y podía encontrar un empleo como encargado de correspondencia. No le gustaba aquel trabajo, pero apretó los dientes; no había otro recurso. Demasiado tímido para presentarse en aquellos sitios donde reclamaban la presencia del candidato, escribió a las direcciones en que pedían una respuesta escrita. Pero carecía de toda experiencia e ignoraba el lenguaje comercial. Por otra parte, no sabía taquigrafía ni escribir a máquina. Su caso le pareció desesperado. Pensó en dirigirse al abogado que fue el ejecutor testamentario de su padre, pero se abstuvo al recordar que dicho abogado le desaprobó cuando quiso vender las hipotecas en que su dinero había sido empleado. —Prefiero morir de hambre —murmuró Philip. Un par de veces le asaltó la idea del suicidio, pero en realidad no consideraba seriamente aquella posibilidad. Cuando Mildred le había dejado para irse con Griffiths su angustia había sido tal que deseó morir para liberarse. Esta vez sus sentimientos eran distintos. Recordó que la enfermera de la clínica de urgencia le había dicho que la gente se mataba más por falta de dinero que por falta de amor. Sonreía maliciosamente ante la idea de ser una excepción. Hubiese deseado poder hablar con alguien de aquel asunto. Pero se avergonzaba de tener que confesar el origen. Continuó buscando trabajo. Durante tres semanas seguidas no pagó el alquiler, diciendo a la dueña de la casa que esperaba dinero para fin de mes. La mujer no dijo nada, pero apretó los labios y frunció las cejas. A fin de mes le pidió el dinero y Philip, sintiéndose mortificado en lo más profundo de su ser, le respondió que no podía pagarle. Había escrito a su tío y seguramente saldaría la deuda el sábado. —Lo espero así, mister Carey, pues yo también he de pagar el alquiler. —Hablabas sin cólera, pero con firmeza; hizo una breve pausa y prosiguió—: Si no paga el

sábado próximo tendré que recurrir al secretario del hospital. —Esté usted tranquila que todo se arreglará. Ella le miró durante un minuto y luego echó una mirada a la estancia desnuda. A continuación, con entera naturalidad, añadió: —Tengo un gran trozo de carne asada. Si no le disgusta sentarse en la mesa de la cocina puede venir a comer conmigo. Philip se sintió enrojecer hasta las raíces del pelo y notó que en la garganta se le ahogaba un sollozo. —Se lo agradezco mucho, mistress Higgins, pero no tengo apetito. —Como quiera, doctor. Al quedarse solo, Philip se arrojó en la cama apretando los puños para no llorar. 100. Sábado; el día que había fijado para pagar el alquiler. Toda la semana había esperado que sucediera algo. No había encontrado trabajo. Nunca se había visto en situación tan extrema y estaba tan abrumado que no sabía qué hacer. En el fondo le parecía que todo era una broma pesada. Le quedaban muy pocos enseres. Había vendido todos los trajes que no le eran imprescindibles. Poseía todavía algunos libros y algunas fruslerías de las que podía sacar uno o dos chelines. Pero la dueña de la casa no le quitaba ojo y temía que le detuviese si le veía sacar alguna cosa. No le quedaba otro remedio que confesar su miseria, pero le faltó valor para ello. Mediaba junio y la noche era bella y tibia. Decidió pasarla fuera. Se paseó lentamente a lo largo de Chelsea Embankment, siguiendo el curso del río cálido y majestuoso. Cuando se sintió cansado se sentó en un banco y se adormeció. Nunca supo el tiempo que había estado durmiendo. Se despertó sobresaltado soñando que un guardia le sacudía diciéndole al mismo tiempo que se marchara. Pero cuando abrió los ojos vio que estaba solo. Maquinalmente reanudó el paseo, llegando a Chiswick, donde se adormeció de nuevo. Lo duro del banco hizo que se despertara. La noche le parecía larguísima. Se estremeció. La sensación de su miseria le envilecía y se avergonzó de haber dormido así, al aire libre. Le pareció especialmente humillante y notó que su rostro enrojecía en la oscuridad. Recordó historias que había oído contar. Entre los que vivían así había oficiales, eclesiásticos, hombres que habían frecuentado la Universidad. Se preguntó si llegaría a ser uno de los que a la puerta de una institución de beneficencia forman cola para obtener un plato de sopa. Era mucho mejor morir. Él había intentado siempre hacer bien a todo el que se encontraba en mala situación. Había ayudado a su prójimo todo cuanto le había sido posible. Jamás se mostró egoísta, y le pareció terriblemente injusto encontrarse en aquella situación. Pero era inútil pensar en ello. Reanudó su paseo. Ya era de día. El río aparecía magnífico bajo aquel silencio y a la luz del alba tenía algo de misterio. El pálido cielo estaba sin una nube. Sentíase cansadísimo y el hambre le retorció las entrañas. Pero no osaba sentarse temeroso de que un guardia le preguntase qué hacía. Estaba sucio; hubiese querido poderse lavar. Al cabo se encontró en Hampton Court. Pensó que de no comer algo lloraría. Entró en un figón. El olor a comida caliente le produjo náuseas. Habría querido tomar algo sustancioso que le bastara para todo el día, pero su estómago se rebeló a la vista de la comida. Tomó por fin una taza de té con un poco de pan y mantequilla. De pronto se acordó de que era domingo y de que podía ir a casa de los Athelny. Pensó en el rosbif y en el pudding, pero se hallaba demasiado cansado para afrontar aquella familia alegre y ruidosa. En su desesperación prefería estar solo. Decidió ir a los jardines del palacio y tenderse en la hierba. Le dolían todos los huesos. Seguramente encontraría una fuente para lavarse las manos y el rostro, y para beber. Tenía mucha sed y, ahora que ya no sentía hambre, el pensar en las flores, en el prado y en el follaje le producía una sensación de reposo. Allí podría reflexionar. Se echó en la hierba y encendió la pipa. Desde hacía algún tiempo, para economizar, fumaba solamente dos pipas al día. Por suerte tenía la petaca llena de tabaco. ¿Quién sabía cómo se las arreglaban los que no tenían dinero? Se adormeció y despertó casi a mediodía. Era necesario regresar a Londres para leer los anuncios que le parecieran prometedores. Durante todo aquel día permaneció en el jardín, fumando cuando sentía demasiada hambre. No quería comer nada antes de ponerse en camino para Londres. La distancia era larga y deseaba conservar todas sus fuerzas. Echó a andar cuando la temperatura empezó a ser más fría, y cuando estaba cansado se sentaba en los bancos a dormir. Nadie le molestó. En la estación Victoria se lavó, se cepilló y se afeitó. Luego tomó un té con pan, y mientras comía leyó los anuncios de un periódico de la mañana. Sus ojos cayeron sobre un anuncio que pedía un empleado para el reparto de telas para trajes en un gran almacén. Sintió que el corazón se le encogía, ya que debido a sus prejuicios burgueses le parecía terrible aquel género de trabajo. Pero movió los hombros con displicencia. Después de todo, ¿qué importaba? Decidió, pues, intentar obtener aquel empleo. Aceptando todas las humillaciones, incluso yendo a su encuentro, lograría forzar tal vez la mano del destino. Cuando se presentó, extraordinariamente intimidado, ya otros le habían precedido. Había hombres de toda edad, desde muchachos de dieciséis años hasta hombres de cuarenta. Algunos hablaban en voz baja, pero la mayor parte de ellos guardaban silencio. Al verle entre ellos le lanzaron una mirada de hostilidad. Oyó que uno decía a otro: —La única esperanza que tengo es que me despachen bastante pronto para ir a presentarme a otro sitio. El que estaba junto a Philip le examinó y le preguntó: —¿Tiene usted práctica? —No. Philip dirigió una mirada a la tienda. Algunos dependientes llevaban de un sitio a otro piezas de tela de Chintz y de cretona, y otros —según le dijo su vecino— preparaban los pedidos de provincias que habían llegado en el correo de la mañana. Hacia las nueve y cuarto se presentó el jefe. Uno de los que esperaban dijo a otro que se

llamaba Gibbons. Era un hombre de mediana edad, pequeño y corpulento, con la barba negra y los cabellos grasientos y oscuros... Sus movimientos eran bruscos y su mirada inteligente. Llevaba sombrero de copa y una chaqueta en cuyo ojal lucía un geranio blanco. Entró en la oficina dejando la puerta abierta. Era una pequeña habitación en la que sólo había una mesa de escritorio americana, una librería y un armario. Los solicitantes le miraban mientras él se quitaba la flor del ojal y la colocaba en un tintero lleno de agua. Iba contra la costumbre llevar flores durante las horas de trabajo. Se quitó el sombrero, se cambió de americana, echó una ojeada a la correspondencia y después otra a los hombres que esperaban para hablar con él. Hizo un ademán y el primero de la fila entró. Y uno a uno pasaron todos ante él y respondieron a sus preguntas. Escuchaba las respuestas con rostro impasible. Cuando le llegó el turno, Philip tuvo la impresión de que mister Gibbons le miraba con curiosidad. El traje de Philip estaba limpio y bastante bien cortado. Verdaderamente el joven era un poco distinto de los demás. —¿Experiencia? —Ninguna, por desgracia. —No podemos hacer nada, entonces. Philip salió de la oficina. La prueba había resultado bastante menos penosa de lo que había supuesto. Así que no experimentó una desilusión muy grande. No esperaba hallar un empleo a la primera tentativa. Cogió el periódico y miró nuevamente los anuncios. Una tienda de Holborn tenía necesidad de un empleado, pero cuando Philip se presentó el empleo estaba ya ocupado. Si quería comer algo, habría de ir al estudio de Lawson antes que éste saliese para almorzar... —¿Sabes? Estoy un poco mal hasta fin de mes. ¿Puedes prestarme media libra? Era increíble la dificultad que experimentaba para pedir dinero, y en cambio recordaba la desenvoltura con que sus compañeros, casi con aire de hacerle un favor, le habían sacado pequeñas sumas que estaban decididos a no devolver. —Claro que sí—respondió Lawson. Pero una vez metida la mano en el bolsillo se encontraba con que sólo tenía ocho chelines. Philip notó que se le paraba la respiración. —Muy bien. Préstame cinco, ¿quieres? —Helos aquí. Philip fue al establecimiento de baños de Westminster y gastó seis peniques en un baño. Luego se compró algo de comer. No sabía cómo ocupar la tarde. No quería ir al hospital por temor a que le dirigieran preguntas indiscretas. En dos o tres secciones donde debía trabajar se habrían preguntado por qué no iba. Pero creyeran lo que creyeran, no le importaba lo más mínimo. No sería el primer estudiante que hacía novillos sin previo aviso. Entró en la biblioteca pública y leyó los periódicos, hasta que aburrido cogió Nuevos cuentos de las mil y una noches de Stevenson, pero no pudo leer. Las palabras no tenían ningún significado para él. Empezó entonces a reflexionar sobre su situación. La fijeza de los pensamientos le produjo dolor de cabeza. Finalmente, queriendo respirar un poco de aire puro, entró en el Green Park y se tendió sobre la hierba. Estaba desesperado porque aquel maldito pie deforme le impedía alistarse. Se adormeció y soñó que por su pie se había trasladado a la ciudad de El Cabo, en un regimiento de caballería; las ilustraciones de los periódicos le facilitaron materia para sus sueños. Se vio en el veldt, durante la noche, con traje caqui y sentado con otros soldados alrededor del fuego. Cuando se despertó era aún de día. Oyó que el reloj de la catedral daba las siete. Debía pasar todavía doce horas sin saber qué hacer. La noche interminable le asustaba. El cielo se había nublado, haciendo prever la lluvia. Era necesario, pues, procurarse una cama en una casa de dormir. Había visto un anuncio luminoso ante cierta casa de Lambeth: «Buenas camas a seis peniques». No había entrado nunca en aquella clase de dormitorios que seguramente olerían mal y estarían llenos de insectos. Mejor era permanecer al aire libre si era posible. Estuvo en el parque hasta que lo cerraron y entonces echó a andar. Se sentía cansadísimo. Se le ocurrió pensar que un accidente habría sido una suerte para él: le llevarían al hospital, donde permanecería en una cama limpia durante algunas semanas. A medianoche sentía tal hambre que se vio obligado a entrar en una taberna de Hyde Park Corner, en la que comió dos patatas y bebió una taza de café. Luego echó a andar de nuevo. Sentíase demasiado enervado para poder dormir y le producía un gran terror el que los guardias le obligasen a circular. Miraba ahora a los agentes de policía bajo una luz muy distinta. Era la segunda noche que pasaba al aire libre. Continuó de esta forma varios días. Comía poquísimo y empezó a sentirse débil y enfermo. Así que ni siquiera tenía la energía necesaria para ir en busca de una colocación que era tan desesperadamente difícil de encontrar. Se estaba acostumbrando a las largas esperas en las trastiendas con la esperanza de ser admitido y a las breves negativas. Corrió todo Londres para responder a los anuncios y empezó a conocer de vista a muchos otros que compartían con él aquella infructuosa búsqueda. Uno o dos de ellos intentaron entablar conversación, pero Philip estaba demasiado cansado y deprimido para responder a sus palabras. No iba a casa de Lawson porque le debía los cinco chelines que le había pedido. Empezaba ya a sentirse demasiado agotado para poder pensar con claridad y dejó de preocuparse por el futuro. Lloraba mucho. Al principio se avergonzaba y se irritaba por esta debilidad, pero acabó por encontrar un alivio en ello. Después le parecía sentir menos hambre. En las primeras horas de la madrugada sufría mucho a causa del frío. Se repetía que morir hubiera sido absurdo ya que algo tenía necesariamente que suceder. Su situación resultaba demasiado anormal para que continuara mucho tiempo. Era como una enfermedad que es necesario soportar y de la que uno tiene la seguridad de que habrá de reponerse. Juraba cada día que nada le podría obligar a pasar otra noche como la anterior

y decidía escribir al día siguiente a su tío, al abogado o a Lawson; pero cuando llegaba la mañana le faltaba el valor de confesar al uno o al otro su humillante situación. No sabía cómo lo tomaría Lawson. Desde que eran amigos, Lawson había sido siempre el mala cabeza y Philip el que estaba dotado de buen sentido. Y ahora, por el contrario tendría que confesarle sus locuras. Abrigaba el temor de que Lawson, después de socorrerle, le volviera la espalda. Quizá su tío o el abogado harían algo por él, pero temía los reproches con que acompañarían su socorro. No quería que nadie le amonestara. Se repetía, apretando los dientes, que lo que había sucedido era inevitable. El arrepentimiento era absurdo. Los días le resultaban larguísima y los cinco chelines de Lawson estaban casi terminados. ¡Si por lo menos no tardara tanto en llegar el domingo, día en que iría a casa de Athelny! No sabía por qué no había ido antes; sin duda deseaba arreglárselas solo. Pero Athelny, que sabía por experiencia lo que era una situación desesperada como la suya, era la única persona capaz de ayudarle. Después de comer, se decidiría a revelar su situación. Se repetía a sí mismo continuamente las palabras que le diría. Mas Philip sentía un miedo tremendo a que Athelny se limitara a decirle alguna frase de consuelo. Hubiera sido tan humillante para él que retardaba todo lo que podía el momento de iniciar la prueba. Había perdido toda fe en sus semejantes. El tiempo estuvo frío y húmedo el sábado por la noche. Philip sufrió horriblemente. Desde el mediodía del sábado hasta la hora en que se trasladó a casa de Athelny no comió absolutamente nada. Sus últimos peniques los gastó el sábado por la mañana en afeitarse y cepillarse en unos lavabos de Charing Cross. 101. Cuando Philip llamó, una cabeza asomó a la ventana; pronto se oyó en la escalera el estrépito de los muchachos que bajaban a abrirle. El rostro que Philip ofreció para que depositaran sus besos fue un rostro pálido y delgado. Sintióse de tal modo conmovido por aquel afecto exuberante que, para tener tiempo de rehacerse, procuró subir lentamente la escalera. Tenía los nervios a flor de piel; tanto, que la más pequeña cosa hacía que las lágrimas acudieran a sus ojos. Le preguntaron por qué no había ido el domingo anterior; repuso que porque había estado enfermo. Y como querían saber lo que había tenido, Philip inventó, para divertirse, una misteriosa enfermedad, cuyo bárbaro nombre, mitad griego mitad latín, los hizo gritar de alegría. Arrastraronle al salón y le hicieron repetir el nombre para edificación de su papaito. Athelny se levantó y le estrechó la mano. Miró a Philip con atención; sin saber por qué, Philip se sintió embarazado. —Desertó usted la semana pasada —dijo Athelny. Philip no lograba mentir nunca sin turbarse; cuando terminó las explicaciones que le habían impedido ir, tenía las mejillas cubiertas de un vivo carmín. En aquel momento hizo su entrada mistress Athelny. —Espero que esté usted mejor, mister Carey —le dijo saludándole. Philip se asombró de que la mujer supiera que él había tenido algo. La puerta de la cocina estaba cerrada y los niños no se habían acercado a ella. —La comida estará dentro de unos diez minutos —prosiguió la señora con su acento ligeramente arrastrado—. ¿Quiere mientras tanto tomar un huevo batido con leche? Tenía un aire preocupado que disgustó a Philip. El joven se esforzó en reír, respondiendo que no tenía apetito. Sally entró para poner la mesa y Philip se puso a charlar con ella. Una de las bromas que le gastaban era predecirle que se volvería tan gorda como una tal Elizabeth, a quien los niños no habían visto nunca, pero que era considerada como el prototipo de la más terrible obesidad. —¿Qué ha sucedido desde la última vez que la vi? —empezó diciendo Philip. —Que yo sepa, nada. —Me parece que ha engordado usted. —En cambio usted no lo ha hecho —respondió la muchacha—. Parece usted un esqueleto. Philip enrojeció. —Esto es un tu quoque, Sally —exclamó el padre—. Como castigo te será cortado uno de tus cabellos de oro. Joan, ve a buscar las tijeras. —Pero está delgado, papaito —protestó Sally—. No tiene más que la piel y el hueso. —No importa. Él tiene derecho a estar delgado. Pero tu obesidad es contraria al decoro. —Mientras hablaba la tenía cogida por el talle y la contemplaba con admiración. —Déjame poner la mesa, papá. Aunque esté gorda, hay algunos a quienes no les desagrada. —¡Bribona! —exclamó Athelny con acento dramático—. Me replica de este modo porque Joseph, el hijo de un joyero de Holborn, la ha pedido en matrimonio. —¿Lo ha aceptado usted, Sally? —preguntó Philip. —Pero ¡cómo! ¿No conoce usted todavía a papá? No hay una palabra de verdad en todo eso. —Bien; si no te ha pedido que te cases con él —gritó Athelny—, por san Jorge y la alegre Inglaterra que lo cogeré de la nariz y le preguntaré cuáles son sus intenciones. —Siéntate, papá. La comida está a punto. Vamos, niños, venid a lavaros las manos. No juguéis. Os examinaré a todos antes de daros de comer. Atención, pues. Philip creía, antes de sentarse a la mesa, que tenía un hambre de lobo, pero en cuanto empezó a comer se dio cuenta de que su estómago repelía la comida. Intentó engullir alguna cosa. Se sentía con el cerebro vacío y no se dio cuenta de que Athelny, contra su costumbre, hablaba poquísimo. Fue un alivio para él encontrarse en una casa cómoda, pero, a pesar de esto, no podía menos de mirar de vez en cuando al otro lado de la ventana. El día estaba tempestuoso. Hacía frío, corría viento y de vez en cuando un ramalazo de lluvia abatía los cristales. ¿Qué haría aquella noche? Los Athelny se iban a la cama pronto y no era posible permanecer allí pasadas las diez. Sintió que el corazón se le encogía ante la idea de volverse a encontrar en la oscuridad. —Parece marzo —dijo Athelny—. Debe de ser poco agradable atravesar el Canal con este tiempo. Acabaron de comer y Sally acudió a quitar la mesa. —¿Quiere usted fumar uno de estos

pestilentes cigarros de dos peniques? —le preguntó Athelny mostrándole uno. Philip lo cogió y aspiró el humo con delicadeza. Le hizo mucho bien. Cuando Sally terminó, Athelny le dijo que cerrara la puerta. —Ahora no nos molestarán —exclamó volviéndose a Philip—. He dicho a Betty que no deje entrar a los niños hasta que no llame. Philip le lanzó una mirada de asombro. Pero antes de que pudiera comprender el significado de aquella frase, Athelny se arregló los lentes sobre la nariz, y con un gesto que le era habitual prosiguió: —Le escribí el domingo pasado para saber qué le ocurría. No habiendo obtenido respuesta pasé el miércoles por su casa. Philip volvió la cabeza hacia otro lado sin responder. Su corazón empezó a latir con violencia. Athelny callaba y aquel silencio le pareció intolerable a Philip. —Su patrona —prosiguió el anfitrión— me dijo que desde el sábado no había vuelto usted a su casa y que le debía el último mes de alquiler. ¿Dónde ha dormido usted durante toda esta semana? Philip fijó la mirada fuera de la ventana. Las palabras se le quedaban en la garganta. —He intentado dar con usted. — ¿Por qué? —Betty y yo hemos conocido períodos parecidos, y teníamos, además, hijos en qué pensar. ¿Por qué no ha venido usted aquí? —No he podido. Sintió un nudo en la garganta. Su debilidad era extrema. Cerró los ojos y frunció las cejas intentando dominarse. Un ataque de cólera lo sacudió. ¿Por qué no le dejaba en paz Athelny? Pero no resistió. Con los ojos todavía cerrados, hablando lentamente, con el fin de tener la voz firme, le contó todo lo que había sucedido durante la última semana. Mientras hablaba le parecía que se había conducido como un imbécil. Esto hacía más difícil la confesión. Sin duda Athelny le tomaría por un tonto. —Ahora vendrá usted a vivir con nosotros hasta que encuentre trabajo —dijo al fin Athelny. —Es usted muy bueno, pero no me parece posible. — ¿Por qué? Philip no respondió. Se había negado instintivamente por miedo a ser un estorbo y por una natural aversión a aceptar favores. Por otra parte, sabía perfectamente que los Athelny vivían al día y que, dada su numerosa familia, no tenían sitio ni dinero para un extraño. — ¡Claro que debe venir usted aquí! —insistió Athelny—. Thorpe se acostará con uno de sus hermanos y usted dormirá en su cama. En cuanto a la comida no nos arruinaremos por una boca más. Philip no se atrevió a hablar. Athelny abrió la puerta y llamó a su mujer. —Betty —le dijo—; mister Carey viene a vivir con nosotros. — ¡Qué suerte! Voy a prepararle la cama. Su tono era tan cordial y amistoso que Philip se sintió profundamente conmovido. No estaba acostumbrado a la bondad y ésta le asombraba siempre. No pudo contener dos gruesas lágrimas. Los Athelny, discutiendo el cambio, fingieron no darse cuenta de a qué extremo le había reducido la debilidad. Cuando mistress Athelny salió, Philip se apoyó en el sillón, riendo ligeramente. —No es una noche agradable para pasarla al sereno, ¿verdad? 102. Athelny dijo a Philip que creía fácil poder encontrar trabajo para él en el gran almacén de tejidos y novedades para el que trabajaba. En un exceso de entusiasmo patriótico, Lynn y Sedley habían prometido a muchos de los dependientes que se habían marchado a la guerra que les conservarían el empleo. Habían repartido el trabajo de los héroes entre los que se habían quedado, y como no aumentaron el sueldo de estos últimos, daban pruebas de devoción a la causa común realizando al mismo tiempo una economía. Pero la guerra no se acababa y el comercio empezaba a cobrar ánimos. Por otra parte se acercaba el tiempo de las vacaciones, en cuyo período muchos empleados se marchaban durante dos semanas. Era necesario, pues, admitir a otros. La reciente experiencia inspiraba a Philip muchas dudas sobre la posibilidad de ser admitido. Pero Athelny, vanagloriándose de su influencia en la razón social, afirmó que el director no podía negarle nada. Con los estudios hechos en París, Philip podría ser útil. Sólo importaba esperar un poco y sin duda no tardaría en procurarse una posición discreta dibujando trajes y anuncios. Philip hizo un boceto de un anuncio para la venta estival y Athelny se lo llevó. Dos días después lo volvió a traer diciendo que al director le había gustado mucho y que sentía no tener en aquel momento un puesto libre en la sección de publicidad. Philip preguntó si no había algún otro empleo que él pudiera desempeñar. —Temo que no. — ¿No está usted seguro? —A decir verdad, sé que mañana van a poner un anuncio solicitando un vigilante —respondió Athelny lanzándole una mirada de duda a través de los lentes. — ¿Y cree usted que haya alguna posibilidad para mí? Athelny se mostró un poco confuso. Había tratado de que Philip esperase alguna cosa más brillante. Por otro lado, era demasiado pobre para continuar dándole comida y alojamiento. —Puede usted aceptar ese puesto en espera de algo mejor. Se tienen siempre mayores probabilidades cuando se ha entrado ya en la casa. —Usted sabe muy bien que no tengo pretensiones —dijo sonriendo Philip. —Si se decide usted, esté mañana allí a las nueve menos cuarto. A pesar de la guerra la dificultad de encontrar trabajo existía siempre. Cuando Philip llegó había ya esperando algunos solicitantes. Entre ellos reconoció a algunos de los que ya había encontrado en ocasiones semejantes. Uno de ellos, cierto día, se había echado cerca de él en el parque. Aquel desgraciado debía de encontrarse sin techo donde cobijarse y se veía obligado a pasar la noche al aire libre. Había hombres de todas las edades y de todos los tipos. Pero todos habían hecho lo posible por aparecer presentables ante el director. Llevaban los cabellos cuidadosamente peinados y las manos escrupulosamente limpias. Esperaban en un corredor que —Philip lo supo más tarde— conducía al refectorio y al laboratorio. En medio había cinco o seis escalones. Aunque la tienda gozaba de instalación eléctrica, en el corredor sólo había mecheros de gas

con camiseta y tubo. Philip llegó puntualmente, pero eran casi las diez cuando fue introducido en el despacho. Era una habitación triangular. En las paredes había retratos de mujeres en cubrecorsé y falda bajera y dos dibujos anunciadores. Uno de ellos representaba a un hombre vistiendo un pijama con rayas blancas y verdes; el otro una barca de vela que navegaba sobre el mar azul. En la vela había escrito en grandes caracteres «Gran Venta de Blanco». El lienzo de pared del despacho lo formaba el fondo de uno de los escaparates. Durante la conversación un empleado iba y venía disponiendo las muestras. El director leía una carta. Era un tipo de aspecto brillante, con el cabello y el bigote rojizos. De la cadena de su reloj pendían numerosas medallas de fútbol. Estaba sentado, en mangas de camisa, ante una gran mesa escritorio, con el teléfono a su lado. Tenía ante sus ojos la publicidad de aquel día —el trabajo de Athelny—, y recortes de periódicos pegados a un cartón. Echó una mirada a Philip sin hablar; estaba dictando una carta a la mecanógrafa, la cual aparecía en un rincón detrás de su mesita. Luego le preguntó a Philip el nombre, la edad y en qué sitios había trabajado. Hablaba con acento plebeyo y con una voz fuerte y metálica que parecía incapaz de frenar. Philip observó que tenía los dientes superiores grandes y salientes. Daban la impresión de que el más pequeño golpe bastaría para hacérselos caer. —Creo que mister Athelny le ha hablado ya de mí —dijo Philip. — ¡Ah! ¿Usted es el joven que hizo aquel dibujo? —Sí, señor. —No es a propósito para nosotros. No sirve para aquí. Examinó a Philip desde la cabeza a los pies. Pareció darse cuenta de que el joven era un poco distinto de todos los que le habían precedido. —Debe usted procurarse un stiffelius. Sospecho que no tiene usted. Parece usted un hombre de bien. Probablemente se habrá dado usted cuenta de que el arte no da para vivir. Philip no acertaba todavía a comprender si tenía la intención o no de emplearlo. Aquellas observaciones habían sido hechas en tono hostil. —¿Dónde viven sus padres? —Mi padre y mi madre murieron cuando yo era niño. —Me gusta ayudar a los jóvenes. Muchos de los que yo admití como empleados son hoy encargados y debo reconocer que me están agradecidos. Saben lo que he hecho por ellos. Es necesario empezar desde el primer escalafón. Es el único modo de aprender el oficio. Luego, si se trabaja con perseverancia, no se sabe adonde se puede llegar. Puede usted incluso encontrarse alguna vez en una posición como la mía. No lo olvide, joven. —Deseo hacer todo lo que pueda, señor. Trataba de llamarle «señor» lo más a menudo posible. Pero le parecía extraño y temía exagerar. Esto le daba idea de su propia importancia. Se decidió a comunicar su determinación a Philip después de un largo discurso. —Creo que podrá usted convenirme —dijo al fin pomposamente—. De todos modos probar no perjudica a nadie. —Mil gracias, señor. —Puede usted empezar en seguida. Tendrá seis chelines a la semana y la manutención. Los seis chelines le servirán para sus pequeños gastos y le serán pagados mensualmente. Empezará usted el lunes. Supongo que estará usted satisfecho. —Sí, señor. —¿Sabe usted dónde está Harrington Street...? En Shaftesbury Avenue. Allí dormirá usted, en el número diez. Si quiere puede ir el domingo por la noche. De todos modos, mande su ropa el lunes. Le despidió con un gesto. —Buenos días. 103. Mistress Athelny prestó a Philip un poco de dinero para que le diera una cantidad a la patrona a fin de que ésta le permitiera sacar su baúl. Con cinco chelines y la papeleta de empeño de un traje logró que un trapero le vendiese un stiffelius que le caía bastante bien. Desempeñó sus otros trajes, envió el baúl a Harrington Street el lunes por la mañana y se presentó en el almacén junto con Athelny. Éste le presentó al encargado de los trajes hechos y le dejó allí. El encargado, un tal Sampson, era un hombrecito de unos treinta años; le estrechó la mano. Luego, para demostrar sus habilidades, de las que se sentía muy orgulloso, preguntó a Philip si conocía el francés. Se quedó bastante sorprendido cuando el joven le contestó afirmativamente. —¿Conoce usted otros idiomas? —Hablo el alemán. — ¡Caramba! Yo voy alguna vez a París. Parlez-vous français? ¿Ha estado usted alguna vez en el Maxim? Philip fue colocado en la parte alta de la escalera de la sección de trajes. Su misión consistía en indicar los distintos departamentos a los clientes que no sabían adonde dirigirse. Escuchando a mister Sampson parecía que éstos eran numerosísimos. De pronto mister Sampson se dio cuenta de que Philip cojeaba. —¿Qué tiene usted en la pierna? —le preguntó. —Tengo un pie deforme. Pero esto no me impide caminar y ser tan rápido como cualquier otro. El encargado lo miró un momento con gesto de duda, como preguntándose por qué lo había admitido el director. El joven sabía que su deformidad no había sido notada. —No pretendo que lo recuerde usted todo el primer día. Si tuviera alguna duda, recurra a cualquiera de las empleadas. Mister Sampson se alejó y Philip, tratando de recordar los departamentos de uno y de otro lado, esperó con angustia a los clientes que fueran a informarse. A la una se fue a comer. El refectorio, situado en el último piso del vasto edificio, era largo, ancho y estaba bien iluminado. Pero todas las ventanas estaban cerradas para que no entrase el polvo y se percibía un horrible olor a cocina. Sobre las largas mesas cubiertas con manteles aparecían grandes jarros de agua alternando con los saleros y las botellitas de vinagre. Los empleados entraban armando gran ruido y se sentaban en los asientos, aún calientes, de los otros empleados que habían comido a las doce y media. — ¡Hoy no hay encurtidos! —dijo el vecino de mesa de Philip. Era un jovencuelo alto y delgado, con la nariz ganchuda y el rostro pálido. Tenía un cráneo largo e irregular, como si hubiera sido extrañamente aplastado en varios sitios. Sobre la frente y sobre el cuello tenía grandes manchas rojas e

inflamadas. Se llamaba Harris. Philip sabía que a veces había en la mesa grandes platos de variantes en vinagre que gustaban mucho a todos. Aquel día no había ninguno. Transcurrido un minuto, un muchachote gordo con chaqueta blanca entró con una gran cesta llena de cuchillos y tenedores y los dejó ruidosamente en medio de la mesa. Cada uno cogió lo que necesitaba. Estaban calientes y pringosos por el reciente lavado en agua sucia. Camareros embutidos en chaquetas blancas llevaron platos de carne que nadaban en salsa. Cada vez que dejaban una fuente con el ademán rápido de un prestidigitador, la salsa se vertía sobre el mantel. Llevaron luego grandes fuentes rebosantes de patatas con repollo. La sola vista de aquellas legumbres revolvió el estómago de Philip. El joven notó que todos los comensales hacían un gran uso del vinagre. El estrépito era ensordecedor. Todos hablaban, reían, gritaban: además, había el ruido de los cubiertos y el rumor de la masticación. Philip se sintió feliz de poder volver al trabajo. Empezaba a acordarse de dónde estaban los diversos departamentos y debía recurrir cada vez menos a las señoritas cuando un cliente le pedía alguna información. —Primer piso, a mano derecha. Segundo piso, a mano izquierda, señora. Una o dos de las muchachas le dirigieron la palabra. Algunas breves frases en los momentos en que no había nada que hacer. Se dio cuenta de que lo estudiaban. A las cinco fue enviado de nuevo al refectorio para tomar el té. Le fue muy agradable poderse sentar. Había grandes trozos de pan untados con mantequilla; y algunos empleados, además, tenían tarros de mermelada en los que estaba escrito su nombre y los cuales guardaban luego en la despensa. A las seis y media Philip estaba agotado. Harris, su vecino de mesa, se ofreció a acompañarle a Harrington Street, donde debía dormir. En la habitación de Harris había una gran cama libre, y como las otras habitaciones estaban llenas suponía que Philip sería instalado en la suya. La casa de Harrington Street había pertenecido a un zapatero. El antiguo negocio fue transformado en dormitorio, pero era muy oscuro por haber sido tapadas con un tabique de madera las tres cuartas partes del escaparate, y la única ventilación procedía de una pequeña ventanilla situada en lo alto. El hedor era insoportable y Philip se puso muy contento al no tener que dormir en aquel ambiente. Harris le acompañó al salón del primer piso. En él había un viejo piano con un teclado que parecía una hilera de dientes amarillentos. Sobre la mesa había un juego de dominó metido en una caja de cigarrillos, además de algunos números atrasados del Strand Magazine y del Graphic. Las otras habitaciones estaban todas utilizadas como dormitorios. La que Philip debía ocupar se hallaba en el último piso. Contenía seis lechos, junto a cada uno de los cuales había un baúl o un cajón. El único mueble era una cómoda con cuatro cajones grandes y uno pequeño. Como recién llegado, Philip tenía derecho a uno de éstos. Todos los cajones tenían su cerradura, pero siendo todas las cerraduras iguales, no servían. Harris le aconsejó que pusiera las cosas de valor en el baúl. Sobre la chimenea había un espejo. Harris enseñó a Philip el cuarto de aseo. Éste era bastante grande, con ocho lavabos en fila, donde todos los huéspedes iban a lavarse. En la habitación de al lado había dos viejas bañeras. Las paredes estaban manchadas de salpicaduras de jabón. Al regresar a su habitación, Harris y Philip encontraron a un muchachote que se estaba cambiando de traje y a otro de dieciséis años que silbaba mientras se cepillaba el cabello. Después de transcurridos un par de minutos, el joven alto salió sin haber dirigido la palabra a nadie. Harris le guiñó el ojo al muchacho, el cual, sin dejar de silbar, guiñó el ojo a su vez. Harris dijo a Philip que aquel individuo se llamaba Prior; había hecho el servicio militar y ahora trabajaba en el departamento de los artículos de seda. Era muy reservado y salía todas las noches de aquel modo, dando todo lo más las buenas noches, para ir a reunirse con su amiga. También salió Harris, quedando solo el muchacho, que empezó a observar con curiosidad a Philip mientras éste deshacía su equipaje. Se llamaba Bell y era aprendiz voluntario en el departamento de mercería. Le interesaron mucho los trajes de noche de Philip. Le habló de los compañeros de habitación y le hizo una infinidad de preguntas. Era un muchacho alegre, y en los intervalos de su conversación cantaba, desentonando, trozos de cancioncillas. Cuando hubo puesto en orden su ropa, Philip salió a dar un paseo. Miraba a la gente, sobre todo a las personas que entraban en el restaurante. Como tenía hambre se compró un bollo, comiéndoselo mientras paseaba. El empleado encargado de apagar el gas a las once y cuarto le había dado una llave del portal, pero Philip, temiendo que cerrasen antes de él volver, regresó temprano. Le habían informado del importe de las multas. Un chelín si llegaba después de las once, y media corona después de las once y cuarto. Además, el retardo se hacía constar en el lugar correspondiente; a las tres veces venía el despido. Excepto el soldado, todos habían regresado cuando Philip entró, hallando a otros dos que ya se habían acostado. Al entrar, Philip oyó que gritaban: — ¡Deja eso, muchacho! El jovenzuelo había vestido una almohada con el frac de Philip y se mostraba muy satisfecho de su broma. —Tendrás que ponértelo en nuestra próxima velada, Bell. Philip había oído hablar de aquella velada. Sabía que el coste de ésta, que se pagaba con lo señalado para los gastos particulares, exasperaba al personal. Eran sólo dos chelines al mes y daban también derecho a los servicios del médico y a hojear las viejas novelas de la biblioteca. Pero otros cuatro chelines eran entregados para la ropa blanca, por lo que Philip se dio cuenta de que no le pagarían nunca una cuarta parte de sus seis chelines semanales. La mayoría de sus compañeros estaban comiendo un bocadillo con gruesas lonjas de tocino. Era la cena habitual de los

empleados. Los panecillos se los suministraba por dos peniques una tienda vecina. El ex soldado entró andando pesadamente y se desnudó en seguida, metiéndose pronto en la cama. A las once y diez la llama del gas parpadeó y cinco minutos después se apagaba. El soldado se adormeció, pero los demás, agrupados junto a la ventana, en pijama o en camisón de noche, empezaron a tirar los restos de sus panecillos a las mujeres que pasaban, gritando frases jocosas. La casa de enfrente, de seis pisos, estaba ocupada por una sastrería propiedad de unos hebreos y se cerraba a las once. Las habitaciones estaban vivamente iluminadas y las ventanas no tenían persianas. La hija del principal —la familia se componía de padre, madre, dos hijos y una hija de veinte años— recorría toda la casa para apagar las luces cuando el trabajo había terminado, y a veces se dejaba cortejar por alguno de los trabajadores. Los compañeros de Philip se divertían observando las maniobras imaginadas por algunos sastres para quedarse los últimos. Y hacían diversas apuestas sobre quién sería el vencedor. A medianoche el bar de la esquina de la calle cerró; entonces se acostaron. Bell, que dormía junto a la puerta, atravesó la habitación saltando de una cama a la otra, y cuando llegó a la suya no cesó de charlar. Al cabo no se oyó otra cosa que el roncar del soldado. Philip consiguió dormirse poco después. A las siete le despertó el sonido de una campana. A las ocho menos cuarto todos estaban ya vestidos y bajaron rápidamente la escalera para ir a buscar sus zapatos a la planta baja. Aún no se los habían atado casi y ya corrían hacia el almacén de Oxford Street para tomar el desayuno. Si se llegaba un minuto más tarde de las ocho, no se tenía desayuno, y una vez dentro no concedían permiso para salir a comprar algo. A veces, al darse cuenta de que no llegaban a tiempo, los empleados se paraban a comprar un par de bollos, pero la cosa era antieconómica, por lo que muchos preferían permanecer en ayunas hasta la hora del almuerzo. Philip untó un poco de pan con mantequilla, bebió una taza de té y a las ocho y media empezó el trabajo. —Primer piso, a la derecha. Segundo, a la izquierda, señora. No tardó en acostumbrarse a responder maquinalmente. El trabajo era monótono y muy fatigoso. Pasados algunos días los pies empezaron a dolerle tanto que le costaba mantenerse en pie. Las alfombras espesas y blandas se los calentaban excesivamente y por la noche le era sumamente penoso quitarse los calcetines. Todos se lavaban diariamente los pies y sus compañeros le dijeron que calcetines y zapatos se pudrían a causa de la continua transpiración. Algunos buscaban alivio durmiendo con los pies fuera de las mantas. Al principio, Philip, incapaz de andar, pasó buena parte de sus veladas en el salón de Harrington Street con los pies metidos en un barreño de agua fría. En aquellas ocasiones, Bell, el chico de la sección de mercería, le hacía compañía. También él permanecía en casa, para ordenar su colección de sellos de correo. Los pegaba en el álbum con pedacitos de papel engomado y silbaba monótonamente. 104. Las fiestas se celebraban cada dos lunes. Tocó una de ellas al principio de la segunda semana de la estancia de Philip en Lynn. El joven quedó en ir acompañando a una de las empleadas de su sección. Se trataba de una mujercita de unos cuarenta y cinco años, con los cabellos mal teñidos y el cutis amarillento, bajo el que se transparentaba una red de venillas rojas. El blanco de sus celestes ojos era también amarillento. Sintió simpatía por Philip y empezó a llamarle por su nombre de pila desde la primera semana que lo conoció. —Los dos sabemos de sobra lo que representa cambiar de situación —le decía. Se llamaba mistress Hodges, pero dijo a Philip que éste no era su verdadero nombre. Sin embargo, al hablar de su marido, decía «mister Hodges»; era un abogado que la había tratado de un modo indigno, por lo que ella lo abandonó, prefiriendo la independencia. «Pero ya sabe usted, amigo mío, lo que significa para una mujer tenérselas que arreglar ella sola». Llamaba a todos «amigo mío». Philip se sentía a disgusto en aquel ambiente. Las empleadas empezaron a decir que tenía demasiadas pretensiones. Un día que una le llamó Phil, el joven no respondió; ni siquiera se había dado cuenta de que se dirigían a él. La muchacha se enfadó y se puso a llamarle con énfasis irónico «mister Carey». Era una tal miss Jawell y estaba prometida a un médico. Sus compañeras no habían visto nunca a su novio pero, a juzgar por los regalos que le hacía, debía de ser un gentleman. —No se dé por enterado de lo que diga, amigo mío —dijo mistress Hodges—. Conmigo hizo lo mismo. La pobrecilla no tiene educación. Pero le aseguro que todos experimentarán la mayor simpatía por usted si permanece en su puesto, que es precisamente lo que yo hago. La fiesta se celebraba en el restaurante del sótano. Se apartaban las mesas para dejar sitio a los bailarines; quedaban unas cuantas mesitas para los que deseaban jugar a las cartas. —Los principales vendrán pronto —dijo mistress Hodges. Ésta presentó al joven a miss Bennett, la belleza de los almacenes. Miss Bennett, encargada de la sección de «Faldas bajas», conversaba en aquel momento con el encargado de la sección de «Géneros de punto para caballero». Era una mujer maciza, con una gran cara roja muy maquillada y un pecho imponente. Sus cabellos rubios se hallaban cuidadosamente arreglados. Iba vestida de negro, con demasiado lujo, pero no sin cierto gusto, destocada; llevaba guantes de lustrosa piel negra, siguiendo con ellos puestos incluso mientras jugaba a las cartas. Alrededor de su cuello se enroscaban algunas cadenas de oro de las que pendían medallones con fotografías; una de ellas representaba a la reina Alejandra. Llevaba gruesos brazaletes en las muñecas y una bolsita de raso negro. Se entretenía en chupar caramelos. —Mucho gusto en conocerlo, mister Carey —dijo—. Creo que es la primera vez que viene usted a una fiesta, ¿no es verdad?

Seguramente se siente usted algo intimidado, pero le aseguro que no hay absolutamente ninguna razón para ello. Hacía todo lo que podía para que los invitados se sintieran a sus anchas. Les daba golpecitos en los hombros y reía de lo lindo. —Soy como una chiquilla, ¿no es verdad? —exclamó volviéndose a Philip—. ¿Qué pensará usted? Pero no puedo menos de ser así. Aparecieron los encargados de distraer la reunión. Eran los miembros más jóvenes del personal, elegidos entre los que no sostenían relaciones amorosas. Algunos de los muchachos llevaban traje de día, corbata blanca de etiqueta y un pañuelo de seda roja. El exhibirse los ponía nerviosos; algunos parecían seguros de sí, pero otros miraban al público con mirada inquieta. Una muchacha que poseía una gran masa de cabellos se sentó ante el piano y arrancó de él una sucesión de acordes ruidosos. Obtenido el silencio, la muchacha miró alrededor y anunció el título de la pieza que iba a ejecutar. —Paseo en Rusia. El título fue saludado con un aplauso. La pianista, mientras aplaudían, se colgó cascabeles en las muñecas. Sonrió luego y empezó la pieza, que ejecutó con mucha energía. Al terminar la aplaudieron de nuevo, y entonces ejecutó una pieza que imitaba los ruidos del mar: suaves trinos representaban el romper de las olas y los acordes frágiles, amplificadas por el pedal, daban idea del viento huracanado. A continuación un tenor cantó Dime adiós, y, después, una canción de cuna. El público mostró por todos el mismo entusiasmo. Cada ejecutante fue igualmente aplaudido y a todos pedían que repitieran, como para evitar celos y envidias. Miss Bennett se acercó a Philip: —Estoy segura de que usted toca o canta, mister Carey —le dijo con aire malicioso—. Se lo leo en la cara. — ¡Pobre de mí! — ¿Ni siquiera declama usted? — Desgraciadamente no poseo ninguno de tales dones. El encargado de los «Géneros de punto para caballero» era un conocido recitador; todos sus dependientes pidieron a voz en grito que recitara alguna cosa. Sin hacerse rogar, el encargado declamó un largo poema trágico, torciendo los ojos y apretándose el pecho con las manos como si sintiera un terrible dolor. En el último verso explicó que para cenar había comido pepino; esta declaración fue acogida por carcajadas un poco forzadas, ya que todos conocían el monólogo. Miss Bennett no cantó, ni tocó, ni recitó. — ¡Oh, no, esta señorita tiene otra especialidad! —dijo mistress Hodges. —Vamos, no se burle usted. Aunque, a decir verdad, entiendo bastante de quiromancia. — ¡Oh, míreme la mano, miss Bennett! —gritaron a una las muchachas de su sección, deseosas de hacerse agradables a su superiora. —No me gusta leer en la palma de la mano. No, de veras. Dije a cierta persona cosas terribles y todas le han salido. Acabaríamos por volvernos supersticiosos. — ¡Oh, miss Bennett, sólo por una vez! Un pequeño grupo la rodeó y entre gritos de turbación, carcajadas, rubores, exclamaciones de miedo y de admiración, miss Bennett habló misteriosamente de hombres rubios y morenos, de dinero en una carta y de viajes, hasta que el sudor corrió por su rostro trazando grandes surcos en la pintada piel. — ¡Mirad cómo sudo! A las nueve se cenó. La dirección ofrecía pasteles, bollos, tartas, té y café; si se quería agua mineral se pagaba aparte. La galantería empujaba a menudo a los jóvenes a ofrecer a las señoras cerveza fuerte, que la más elemental delicadeza impedía rechazar. Aquella cerveza aromática gustaba mucho a miss Bennett, que tenía costumbre de beberse ella sola dos y a veces tres botellas durante la velada; eso sí, se empeñaba en pagarla ella. Los hombres le estaban agradecidos por ello. —Es un tipo cómico —decían de ella—, pero no es mala. A cierta hora, uno de los jóvenes más desenvueltos declaró que si pensaban bailar era necesario decidirse. La pianista se sentó al piano y apoyó decididamente un pie en el pedal fuerte. Tocó un vals lento marcando el ritmo con el bajo mientras con la mano derecha ejecutaba la melodía en diferentes octavas. A veces, para cambiar, cruzaba las manos y tocaba la melodía en tesitura grave. —Toca bien, ¿no es verdad? —preguntó a Philip mistress Hodges—. Nunca ha tomado lecciones; todo es de oído. La diversión preferida por miss Bennett era la danza y la poesía. Bailaba bien, pero lentamente, y al hacerlo, sus ojos tomaban una expresión lejana y soñadora. Casi todos bailaban bien. El sudor corría por los rostros, y los cuellos almidonados de muchos jóvenes se habían puesto flojos y arrugados. Philip lo observaba todo y se sentía más envilecido que nunca. Una sensación de tremenda soledad pesaba sobre él. No se marchaba por temor a parecer desdeñoso; hablaba con las muchachas y se reía, pero su corazón estaba lleno de pena. Miss Bennett le preguntó si tenía alguna amiguita. —No —contestó sonriendo Philip. —Pues bien; aquí puede usted elegir a su gusto. Las hay muy bonitas y muchas de buena familia. Creo que no tardará usted en encontrar una que le convenga —acabó mirándolo con malicia. —Es necesario darle ánimo —dijo mistress Hodges—. Yo le he dicho lo mismo que usted. Eran casi las once cuando la reunión se disolvió. Philip intentó dormir. Como los demás, sacó los pies de las mantas. Se esforzaba en no pensar en su nueva vida. El soldado roncaba tranquilamente. 105. Los sueldos eran pagados mensualmente por el secretario. El día de paga los empleados descendían en grupos después del té, uniéndose a los que los habían precedido y formando cola como para subir al paraíso de un teatro. Entraban en la oficina uno a uno. El secretario, sentado ante una mesa escritorio sobre la que había cubiletes de madera llenos de monedas, preguntaba el nombre al que entraba, consultaba un registro, y después de echar al interesado una mirada sospechosa, pronunciaba en voz alta la suma que se le debía, cogía las monedas de un cubilete y se las contaba en la mano. —Gracias —decía—. Que entre otro. —Gracias —era la respuesta. El empleado se acercaba entonces al

segundo cajero y, antes de salir de la habitación, entregaba cuatro chelines por el cuidado de la ropa blanca, dos por el Círculo y además las eventuales multas con que había sido castigado. A continuación se dirigía a su sección, donde esperaba la hora de salir. Philip se encontró en la mano los dieciocho chelines que le correspondían. Era el primer dinero que ganaba en su vida. No experimentó el sentimiento de orgullo que había creído, sino más bien una sensación de disgusto. Lo módico de la suma acentuaba la miseria de su situación. Llevó quince chelines a mistress Athelny a cuenta de lo que le debía. Pero ella no quiso aceptar más que media corona. — ¡Pero de este modo tardaré mucho en pagarle! —Mientras Athelny trabaje puedo esperar. Y quién sabe si quizá, entretanto, tenga usted un aumento. Athelny continuaba diciendo que había hablado de Philip al director. ¡Era absurdo no utilizar su talento! Pero no consiguió nada y Philip se convenció pronto de que el agente de publicidad era bastante menos importante a los ojos del director que a los suyos propios. A veces lo veía en la tienda. Con su chaqueta sencilla, pero limpia, era un hombrecillo insignificante y modesto que andaba por entre las distintas secciones como si no quisiese hacerse notar. Toda su vivacidad parecía haberse apagado. — ¡Cuándo pienso cómo he desperdiciado allí mi ingenio y mi actividad —decía luego en casa— me entran casi deseos de despedirme! Para un hombre como yo es una cosa demasiado mezquina. Me siento achicado y empobrecido. Mistress Athelny continuaba tranquilamente cosiendo sin prestar atención. Apretaba un poco los labios y decía luego: —No es tan fácil encontrar trabajo hoy. Este empleo es por lo menos seguro y el sueldo nos lo pagan con regularidad. Espero que seguirás trabajando en el mismo sitio mientras no prescindan de ti. Era interesante ver el ascendiente que aquella mujer sin instrucción había adquirido sobre aquel brillante y voluble hombre que no se hallaba unido a ella por vínculos legales. Mistress Athelny trataba a Philip con bondad maternal y el joven se sentía conmovido al ver su deseo de que comiera con buen apetito. Aquel afecto era el consuelo de su vida, cuya monotonía, ahora que se había acostumbrado a ella, lo asustaba. Era una alegría para él presentarse cada domingo en aquella casa acogedora, sentarse en los rígidos sillones españoles y discutir de todo con Athelny. Aunque su situación pareciera desesperada, Philip no dejaba nunca aquella casa sin experimentar una sensación de optimismo. Al principio, para no olvidar todo lo que había estudiado, el joven intentó continuar leyendo sus libros de Medicina. Pero se percató de que era inútil. Después del trabajo fatigoso de la jornada no acertaba a fijar la atención, y por otra parte, no tenía finalidad alguna continuar estudiando sin saber cuándo podría volver al hospital. Soñaba continuamente que se encontraba en las salas. El despertar por la mañana le era siempre doloroso. La sensación que le producía el hecho de que otras personas durmieran en la misma habitación que él le era profundamente desagradable. Estaba acostumbrado a la soledad, y no poder quedarse un minuto solo consigo mismo le exasperaba. Una sola cosa podía liberarle: la muerte de su tío. Heredaría entonces algunos centenares de libras y tendría posibilidad de terminar sus estudios. Empezó a desear con todas sus fuerzas la muerte del viejo. Calculaba cuántos años podría durar. No sabía su edad exacta, pero debía de tener por lo menos setenta y cinco años. Sufría de bronquitis crónica, y en el invierno la tos lo atormentaba continuamente. Aun sabiendo ya todo esto de memoria, Philip releía en sus libros los detalles de la bronquitis crónica en la vejez. Seguramente no resistiría un invierno frío y lluvioso, y Philip deseaba con todo corazón que el tal invierno se presentase. Pensaba tanto en ello que esta idea llegó a constituir una especie de monomanía. También el calor excesivo fastidiaba a tío William, y en el mes de agosto hubo tres semanas de temperatura sofocante. Philip esperaba recibir un día u otro un telegrama que le anunciase la muerte imprevista del pastor y se figuraba el indecible alivio que experimentaría. En su sitio en lo alto de la escalera, mientras daba las informaciones que le pedían, no tenía otro pensamiento que el de resolver lo que haría con aquel dinero. Ignoraba de qué cantidad podía tratarse; quizá no pasara de quinientas libras, pero aunque sólo fuera esto serían suficientes. Dejaría inmediatamente los almacenes, sin ni siquiera despedirse de nadie, y una vez hecho el baúl se marcharía sin decir una palabra. Después volvería al hospital. ¿Se le habría olvidado mucho de cuanto aprendió? En seis meses se pondría al corriente y en cuanto le fuera posible intentaría sacar adelante en tres exámenes la Obstetricia, la Medicina y la Cirugía. A veces era presa del mayor terror al pensar que su tío, volviendo de su promesa, dejase todo lo que poseía a la parroquia o a la Iglesia. Este pensamiento le hacía estremecerse. Pero no, no podía ser tan cruel. Si esto sucedía, estaba dispuesto a no continuar aquella vida, sólo soportable mientras se tenía la esperanza de que se produjera un cambio. —Segundo piso, a la derecha, señora; después al fondo de la escalera. Segundo, a la izquierda, recto. Una vez al mes Philip estaba de servicio durante una semana. Tenía que presentarse en el almacén a las siete y despertar a los de la limpieza. Cuando ésta había terminado, debía quitar las fundas que protegían las vitrinas y los modelos; después, por la tarde, cuando sus compañeros se marchaban, había de poner las fundas otra vez y vigilar de nuevo a los encargados de la limpieza. Era un trabajo fastidioso y poco limpio. No tenía permiso para leer, ni para escribir, ni para fumar. Continamente tenía que estar paseando por el local y el tiempo le parecía eterno. A las nueve y media, cuando salía, le daban la cena. Aquello era su único consuelo. Pasaron tres meses. Un día el encargado Sampson llegó irradísimo. El director, al entrar se había fijado en

el escaparate de los trajes hechos. Mandó llamar al encargado, haciéndole observaciones irónicas acerca de las mezclas de colores. Obligado a sufrir en silencio los sarcasmos de su superior, Sampson se vengaba ahora de los dependientes a sus órdenes, en especial del desgraciado que había arreglado el escaparate. —Si se quiere algo bien hecho ha de hacerlo uno mismo —aulló—. Lo he dicho y lo diré siempre. No puede uno fiarse de nadie. ¡Y cree usted ser inteligente! ¡Inteligente! Pronunció la palabra como si fuera el más amargo de los reproches. —¿No sabe usted que el azul eléctrico estropea todos los otros azules que haya en el escaparate? Miró a su alrededor ferozmente y su mirada se detuvo en Philip. —El viernes próximo arreglará usted ese escaparate, Carey. Veremos de lo que es usted capaz. Volvió a entrar en su oficina refunfuñando. Philip sintió que su corazón se le oprimía. El viernes por la mañana penetró en el escaparate con una dolorosa sensación de vergüenza. Notaba que le ardían las mejillas ante la idea de mostrarse a los que paseaban. Sin embargo, reconociendo que esta debilidad era absurda, volvió la espalda a la calle. No había muchas probabilidades de que ningún estudiante pasara por Oxford Street a aquella hora, y él no conocía a casi otras personas que a ellos en Londres. Pero mientras trabajaba, como si tuviese un nudo en la garganta, no pudo librarse del temor de que en cuanto se volviera sus ojos tropezarían con algún conocido. Trabajó todo lo de prisa que le fue posible. Partiendo de la sencilla observación de que todos los rojos estaban bien agrupados y dejando entre un traje y otro más espacio del acostumbrado, obtuvo un discreto efecto; cuando el encargado salió a la calle para ver el resultado pareció quedar satisfecho. —Ya sabía yo que no me equivocaba al encargarle que hiciese el escaparate. El caso es que usted y yo somos gentleman. Naturalmente, no se lo diría a los otros; pero ésta es la verdad. A partir de entonces, Philip se encargó del escaparate; pero el joven no logró acostumbrarse. Veía llegar la mañana del viernes con un terror que le hacía despertarse a las cinco y empezaba a dar vueltas en el lecho con los ojos extraviados y un principio de náuseas. Las vendedoras de su sección se dieron cuenta muy pronto de la vergüenza que sentía y de que volvía la espalda al público cuando arreglaba el escaparate. Se rieron de él y dijeron que se hacía el interesante. —Tiene usted miedo de que pase su tía y de que si le ve le desherede, ¿verdad? Por lo general, se llevaba bien con las muchachas. Les parecía un poco extravagante, pero justificaban esto con su deformidad. Poco a poco se dieron cuenta de que era un buen muchacho, siempre pronto a hacer favores, siempre amable y educado. —Se ve que es un señor —decían—. Muy reservado, ¿no es verdad? —dijo una señorita cuyo entusiasmo por el teatro había dejado a Philip indiferente. La mayor parte de ellas tenían novio y las que no lo tenían fingían tenerlo antes que dejar suponer que nadie se fijaba en ellas. Una o dos parecían dispuestas a tener amores con Philip, el cual observaba sus manejos con la mayor seriedad, aunque íntimamente divertido. Por el momento estaba más que hartito del amor. Además estaba cansado y a menudo hambriento. 106. Philip evitaba ir a los lugares que había conocido en tiempos mejores. Las pequeñas reuniones de Beak Street habían cesado. Macalister había abandonado a sus amigos y Hayward se encontraba en El Cabo. En cuanto a Lawson, Philip comprendía que ya no podía haber nada de común entre ellos y no sentía la necesidad de verle. Pero un sábado, después de haberse cambiado de traje, mientras recorría Regent Street, camino de la biblioteca de Martin's Lane, donde se proponía pasar la tarde, se encontró con él cara a cara. Su primera intención fue de evitarlo. Pero Lawson no le dio tiempo. —¿Dónde diablos has estado todo este tiempo? —le preguntó. —¿Yo? —Te escribí invitándote a cenar y ni siquiera me contestaste. —No recibí tu carta. —Lo sé. Fui al hospital a preguntar por ti y vi mi carta en la casilla. ¿Has plantado la Medicina? Philip titubeó durante un momento. Se avergonzaba de tener que decir la verdad. Pero irritado por aquella estúpida vergüenza, se decidió a hablar, aunque no pudo evitar el enrojecer. —Sí, perdí el poco dinero que tenía y no me fue posible continuar. —¡Oh, cuánto lo siento! ¿Y qué haces ahora? —Estoy empleado en un gran almacén. Le costó bastante formular esta confesión. Pero estaba decidido a no retroceder. Al mirar a Lawson vio la turbación que se había apoderado de éste y sonrió amargamente. —Si entras en Lynn y Sedley y vas al departamento de trajes hechos me encontrarás con un stiffelius, y pronto a orientar debidamente y con aire desenvuelto a las señoras que tienen intención de comprar medias y faldas bajas. «Primer piso, a la derecha, señora; o segundo piso, a la izquierda». Viendo que Philip bromeaba, Lawson intentó reír. No sabía qué decirle. La visión suscitada por Philip le producía horror, pero no osó manifestar su piedad. —Como cambio no está mal —dijo. Esta frase le pareció absurda y se arrepintió inmediatamente de haberla dicho. Philip enrojeció de nuevo. —Bastante mal. A propósito, te debo cinco chelines. Se metió la mano en el bolsillo y sacó algunas monedas. —Toma, toma. —¡Oh, no importa! Me había olvidado de ello. Lawson aceptó sin hablar. Se habían quedado inmóviles y los paseantes tropezaban con ellos. Un brillo irónico que apareció en los ojos de Philip molestó al pintor. Hubiese querido hacer alguna cosa por su desgraciado amigo, pero ¿qué podía hacer? —Oye, ¿qué te parece si fuéramos a mi estudio a discutir un poco? —No. —¿Por qué? —Porque no tenemos nada que decirnos. Philip vio aparecer una expresión de pena en los ojos de Lawson. Esto le disgustó, pero la idea de discutir su situación le era insoportable. Tal estado de cosas sólo podía tolerarse a fuerza de no pensar en ellas. Temía dejarse llevar demasiado por sus sentimientos si

hubiese empezado a desahogarse. Por otra parte, los lugares donde había sufrido le inspiraban un insuperable horror. Recordaba su humillante espera en el estudio cuando, hambriento, esperaba que Lawson le invitase a almorzar. Y la última vez, cuando hizo que le prestara cinco chelines. Incluso le molestaba la presencia del pintor porque le recordaba aquellos días. —Entonces ven a cenar conmigo una de estas noches, cuando quieras. Philip se sintió conmovido. Todos le demostraban la mayor bondad. —Eres muy amable, viejo amigo. Pero prefiero no ir. Hasta la vista —y le ofreció la mano. Lawson, turbado por aquella actitud inexplicable, se la estrechó, y Philip, cojeando, se alejó rápidamente. Notaba que le pesaba el corazón y, según su costumbre, empezó a reprocharse su modo de obrar. No sabía qué orgulloso rapto de locura le había impulsado a rechazar aquella amistad. Pero oyó a alguien que corría detrás de él y la voz de Lawson que lo llamaba. Se detuvo y de pronto un sentimiento de hostilidad volvió a adueñarse de él. Se volvió hacia Lawson con una expresión glacial. —¿Qué hay? —¿Sabes lo de Hayward? —Sí que partió para El Cabo. —Murió poco tiempo después de desembarcar. Durante un momento Philip no respondió. Le costaba dar crédito a sus propios oídos. —¿De qué murió? —De una enteritis. Una gran desgracia, ¿verdad? He pensado que tú no lo sabías. A mí me ha producido mucha impresión. Le devolvió un rápido saludo y se alejó. Philip tuvo un estremecimiento. No había perdido nunca a ningún amigo de su edad. La muerte de Cronshaw, mucho más viejo, le había parecido que entraba dentro del orden natural de las cosas. La noticia le produjo una impresión singular. Le recordó que era mortal. Como cada cual, Philip, aun sabiendo que nadie se escapa de la muerte, no tenía la impresión de que aquella regla debiera también aplicarse a él, y la muerte de Hayward, aunque su amistad se hubiese enfriado un tanto, le trastornó profundamente. Recordó de pronto sus conversaciones, y pensó dolorosamente que habían acabado para siempre. Se acordó de su primer encuentro en el agradable período de Heidelberg. El joven continuó caminando maquinalmente, sin saber adonde iba, y de repente se dio cuenta, irritado, de que en lugar de entrar por Haymarket había continuado por Shaftesbury Avenue. No sentía deseos de volver atrás. Además, no tenía la menor gana de ponerse a leer y prefería permanecer solo y pensar. Se le ocurrió dirigirse al British Museum. La soledad era al presente su único lujo. Desde su entrada en casa de Lynn había adquirido la costumbre de sentarse ante los grupos del Partenón. Y sin fijar la mente en ningún pensamiento dejaba a aquellas divinas esculturas la tarea de calmar su alma turbada. Pero aquella tarde las esculturas no le dijeron nada. Después de algunos minutos, impaciente, salió de la sala. Había bastante gente: forasteros de cara estúpida, extranjeros que hojeaban la guía. Su fealdad manchaba las obras eternas y su agitación turbaba el inmortal reposo de los dioses. Llegó a una sala casi vacía y se sentó en un pequeño diván. Tenía los nervios en tensión y no acertaba a abstraerse de los visitantes. A veces, durante su trabajo, experimentaba el mismo horror al ver desfilar a los clientes. ¡Eran tan feos! Se leía en aquellos rostros una espantosa mediocridad. Sus facciones revelaban deseos abyectos y se veía que eran extraños a toda idea de belleza. Las miradas furtivas y los mentones huidos denotaban que en ellos no había maldad, sino vulgaridad y pequeñez. Su humorismo era mezquino. Al mirarlos, Philip buscaba a veces su semejanza con un animal. Quería abstenerse, pero pronto llegó a ser esto una obsesión. Pero la influencia del lugar obró sobre él. Se sintió más tranquilo. Empezó a mirar distraídamente las piedras funerarias que adornaban la sala. Eran obras de oscuros escultores atenienses del siglo Cuarto o Quinto antes de Jesucristo. De factura sencilla, pero en las que se percibía el exquisito espíritu de Atenas. El tiempo había suavizado sus contornos y había dado al mármol el color de la miel, de suerte que, inconscientemente, se pensaba en las abejas del monte Himeto. Algunas representaban una figura desnuda y sentada sobre un banco, otras la separación del muerto y los seres que lo amaban. Había algunas en las que el muerto estrechaba las manos de los que quedaban. Sobre todo la palabra mágica: «Adiós»; nada más. Su sencillez era infinitamente patética. Siglos y siglos habían pasado sobre aquel dolor. «¡Pobre gente!», pensó. Le vino a las mientes que aquellos visitantes de cara estúpida, aquellos obesos extranjeros con la guía en la mano, y todos aquellos individuos vulgares que iban al almacén con fútiles deseos y con preocupaciones mezquinas, eran mortales y un día deberían separarse de los seres a quienes amaban: el hijo, de la madre; la mujer, del marido; y seguramente su suerte era todavía más trágica porque sus vidas eran sórdidas y abyectas, y porque ignoraban todo lo que da belleza al mundo. Había una piedra bastante bella. Era un bajorrelieve que representaba a dos jóvenes cogidos de la mano. La sobriedad de la línea, la simplicidad de la ejecución, permitían suponer en el escultor la existencia de una emoción pura. Era un exquisito monumento elevado a lo más precioso que el mundo puede ofrecer: la amistad. A Philip se le llenaron los ojos de lágrimas mientras lo contemplaba. Pensó en Hayward y en la admiración que había sentido por él cuando se encontraron por vez primera. Luego pensó en su desilusión y en su indiferencia. Nada los ligaba ya si no era la costumbre y los recuerdos. Aquélla era una de las singularidades de la vida. Se veía a una persona cotidianamente durante varios meses, en una intimidad tan grande que no podía imaginarse la existencia sin ella. Sobrevenía la separación y todo proseguía igual, dándose uno cuenta de que el compañero que había parecido indispensable no lo era, ni mucho menos. No se notaba ni siquiera su falta. En los hermosos días de Heidelberg, Philip

había creído a Hayward capaz de grandes cosas. Pero Hayward, que contemplaba el porvenir con entusiasmo, se había resignado poco a poco al fracaso. Ahora estaba muerto y su muerte había resultado tan inútil como su vida. Philip se preguntó desesperado por qué era necesario vivir. Todo le parecía vacío y vano. Tampoco la vida de Cronshaw había servido de nada. Muerto y olvidado, su libro se encontraba en los puestos de libros viejos. Había vivido sólo para que un periodista ambicioso tuviera ocasión de escribir un artículo en una revista. Y Philip volvió a preguntarse: — ¿Qué finalidad tiene todo esto? El esfuerzo era desproporcionado al resultado. Las brillantes esperanzas de la juventud se resolvían en la más amarga desilusión. Sufrimiento, desdicha y enfermedad pesaban mucho en el platillo de la balanza. ¿Cuál era el significado de todo aquello? Pensó en su vida, en sus esperanzas, en las limitaciones que le imponía su deformidad, en los afectos que le habían faltado en su juventud. Le parecía que siempre obró lo mejor que pudo y sin ningún resultado. Otros hombres que valían lo mismo que él habían triunfado. Y otros, muchos mejores, habían fracasado. Seguramente se trataba sólo de suerte. La lluvia caía de la misma forma sobre el justo que sobre el malvado. Para nada existía una razón. Pensando en Cronshaw, Philip se acordó de la alfombrita persa. Inopinadamente, la respuesta del enigma apareció ante él. Se echó a reír. Ahora que había encontrado la solución, veía que era como una de esas adivinanzas que tan difíciles le parecen a uno hasta que encuentra la solución. Una vez hallada ésta, parece imposible no haber comprendido la cosa desde el primer momento. La respuesta era obvia; la vida no tenía ningún significado. Sobre la tierra —satélite de un astro lanzado en el espacio— los seres vivientes habían nacido bajo la influencia de circunstancias que formaban parte de la historia del planeta. Y del mismo modo, bajo la influencia de otras circunstancias, desaparecían. El hombre era tan insignificante como lo podían ser otras formas de vida, y no había nacido como apogeo de la creación, sino como reacción física del ambiente. Philip recordó al rey oriental que, deseando conocer la historia del hombre, hizo que un sabio le llevara quinientos volúmenes. Demasiado ocupado con los asuntos de Estado, el rey rogó al sabio que le hiciese un resumen. Veinte años después volvió el sabio: su historia estaba condensada en cincuenta volúmenes. Pero el rey, demasiado viejo para leer tantas páginas, le rogó de nuevo que extractara la historia. Pasaron otros veinte años, y el sabio, decrepito y encanecido, recogió en un solo volumen los conocimientos que el rey había pedido; pero el rey se hallaba moribundo y no tenía tiempo de leer ni siquiera un libro. Entonces el sabio resumió la historia del hombre en una sola línea: nació, sufrió y murió. La vida no tenía ningún significado, el hombre no tenía la menor importancia. Philip se regocijó tanto como se había regocijado cuando en su juventud se liberó del fardo de la religión. Le parecía ahora que se había desembarazado de la última responsabilidad; por vez primera se sentía completamente libre. Su nulidad se transformaba en fuerza; inopinadamente se sentía igual al destino despiadado que se había cebado en él. Si la vida no tenía ningún significado, el mundo estaba desprovisto de crueldad. La falta de acierto no tenía la menor importancia y el triunfar tampoco significaba nada. Él era muy pequeño mezclado entre la masa hormigueante de seres humanos que ocupaban por breve tiempo la superficie de la tierra, pero se sentía omnipotente por haber arrancado al caos el secreto de su inexistencia. Los pensamientos se turnaban tumultuosamente uno tras otro en su cerebro, y el joven respiró hondamente satisfecho. Sentía deseos de cantar y de bailar. Desde hacía muchos meses no era tan feliz. — ¡Oh, vida! —gritó para sí—. ¡Oh, vida! ¿Dónde está tu aguijón? Aquel arrojo del espíritu que le había hecho descubrir la inutilidad de la existencia con toda la fuerza de una demostración matemática, le hizo comprender al mismo tiempo por qué le había regalado Cronshaw el tapiz persa. De la misma manera que el tejedor iba tejiendo su dibujo sin otro fin que la satisfacción de su goce estético, debía vivir el hombre su propia vida; y si es necesario creer que las acciones no dependen de nuestra voluntad, nada impide considerar la vida como un dibujo. Pero no existe en ésta ni necesidad ni inutilidad: sólo la satisfacción personal. De los múltiples acontecimientos de la vida —acciones, pensamientos, sentimientos— se podía hacer un dibujo lineal, complicado o artístico. Y aunque el libre albedrío no fuera otra cosa que una ilusión, un fantástico juego en el que las apariencias estuvieran entretejidas con reflejos lunares, no importaba gran cosa. En el curso de la vida —río sin principio que corre hacia un mar irreal—, partiendo de la inutilidad de la existencia, un hombre podía encontrar satisfacción admirando los variados hilos que forman el orbe. Había un dibujo —el más frecuente, bello y perfecto— según el cual el hombre nace, crece, se casa, trae hijos al mundo, trabaja para ganarse la vida y muere. Pero había otros, complicados y magníficos, en los cuales la felicidad no formaba parte de ellos y el triunfo no era alcanzado. Algunas vidas, como la de Hayward, eran interrumpidas cuando el dibujo se hallaba todavía incompleto, pero ahora se consolaba de ello, pues sabía que la cosa carecía de importancia. Otras, como la de Cronshaw, ofrecían un dibujo difícil de observar; era necesario cambiar de punto de vista y desterrar la vieja regla para encontrar justificación a una vida semejante. Desterrando de sí su anhelo de felicidad, Philip pensó en desterrar asimismo su última ilusión. Su vida le había parecido horrenda cuando la medía pensando en la felicidad, pero ahora le parecía poderla medir con otro rasero. La alegría importaba poco, lo mismo que el dolor. Uno y otra formaban parte, así como los demás detalles de

la vida, de la composición del dibujo. Por un instante le pareció estar por encima de las vicisitudes de su existencia y pensó que éstas no podrían atormentarle ya como antes. Cualquier accidente que ahora le ocurriera no significaría para él otra cosa que un motivo más que añadir a la complejidad del dibujo. Cuando llegara el fin, experimentaría regocijo en verlo completo. Aquel dibujo sería una obra de arte, no menos bella por el hecho de que él solamente conociera su existencia. Y con su muerte dejaría de existir. Philip era feliz. (*cleveland state university 5k*).

Audiolibro Servidumbre
Humana W Somerset Maugham
Cap Tulos 96 Al 106

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>